

868.75 Leáng, Alberto.
L499e En torno de una muerte.


SEAL OF THE UNIVERSITY OF TEXAS
DISCIPLINA PRAESIDIUM CIVITATIS




LIBRARY
USE ONLY

ALBERTO LEDUC

EN TORNO

DE

# UNA MUERTA

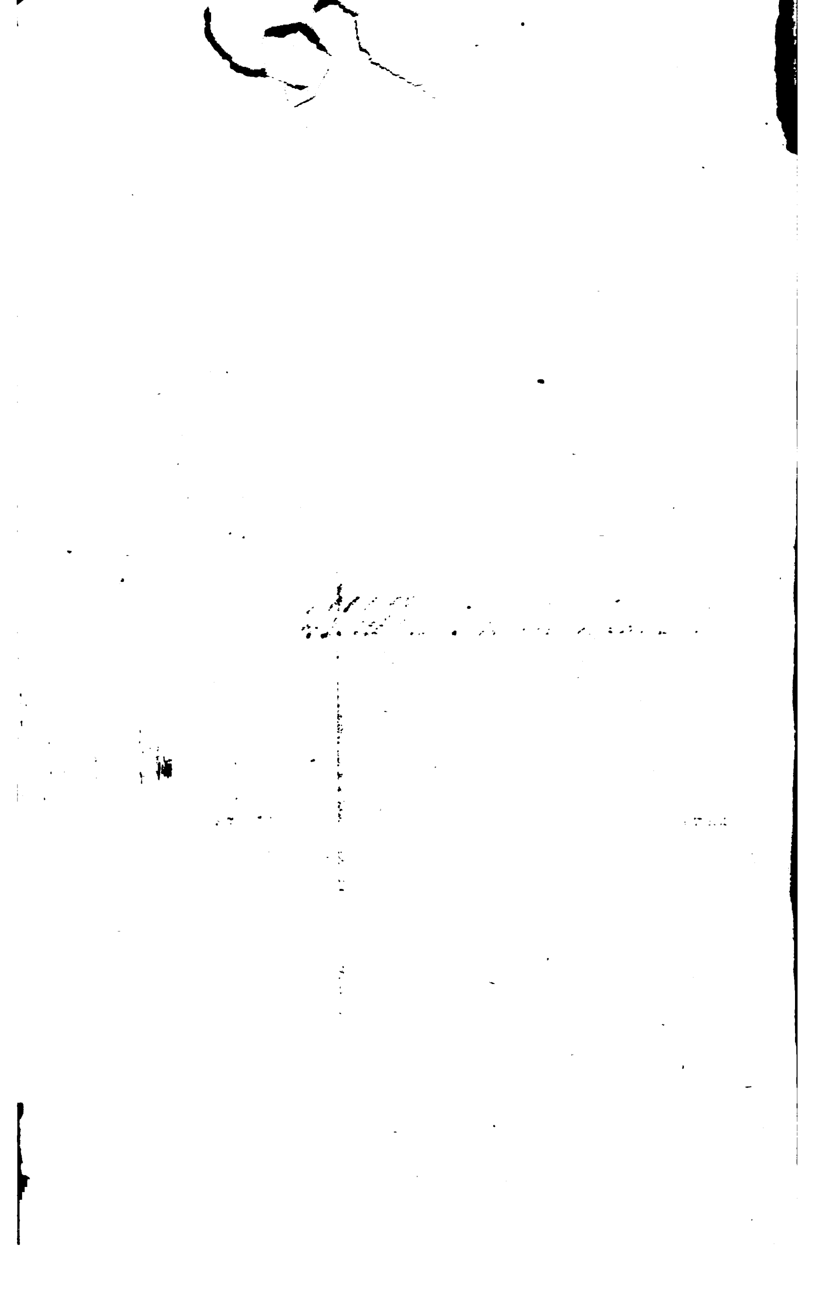
Job. Lib. I, cap. X. 1.—Tedio me causa ya el vivir. Soltaré mi lengua aunque sea contra mí y hablaré en medio de la amargura de mi alma.




MÉXICO
Tipografía de «El Nacional»—Mariscala, 5.
1898.

Al Sr. Lic. D. Vic-
toriano Agüeros
con el verdadero
afecto de
Alberto Leduc

# EN TORNO DE UNA MUERTA



ALBERTO LEDUC

# EN TORNO DE UNA MUERTA

MÉXICO
Tipografía de «El Nacional».—Mariscala, 5.
1897

# EN TORNO DE UNA MUERTA.

Hojeando una colección de periódicos ilustrados, comprada en la alacena de un vendedor de libros viejos, encontré las páginas siguientes arrancadas de un manuscrito.

Páginas que hoy me decido á publicar y arrancadas de uno de esos cuadernos queridos que en la vida de ciertas almas meditabundas y solitarias, representan un papel semejante al del confesor, al del confidente, al del hermano indulgentísimo que escucha pesares y culpas sin reprochar. De esos cuadernos que parecen ser

como amigo que consuela con una sonrisa ó un apretón de manos.

Debo advertir que estas hojas fastidiarán horriblemente á todos aquellos á quienes la vida activa impide mirar la vida íntima del sentimiento. ¡Pero hay almas en que es tan activa también esa vida íntima sentimental! Su lectura fastidiará asímismo á los que, aturdidos por el vértigo mundanal, arrastrados por el torbellino de fiestas y salones y tertulias, no tienen tiempo para observar las agitaciones de la Psiquis interior; pero en nuestra generación hay un grupo muy numeroso de meditabundos, de curiosos, que siguen con mucho interés las metamórfosis, las gradaciones distintas de esa llama interior que algunas veces semeja incendios, y otras parece extinguirse por completo, como si recibiera el aliento glacial de un cráneo.

¡Qué las almas que se agitan en tertulias y bailes y fiestas no lean estas hojas; se dormirían á la tercera línea!

Las copié del manuscrito encontrado en la colección de periódicos, para aquellos que se complacen en avivar con frases escritas la oculta llaga de su sensibilidad, para la lectora desconocida y solitaria que cierra el libro cuando el sol se hundió, y al ver cómo las sombras ennegrecen las calles y los muros de su alcoba, experimenta el deseo inexplicable de otra existencia, la indefinible angustia de nuestro constante crepúsculo moral.

..............................................

Las dedico a las amigas ignoradas de la virgen llamada Z...... por el autor desconocido del manuscrito encontrado entre las hojas de esa colección de periódicos ilustrados que compré en la alacena de un vendedor de libros viejos.

---

# FRAGMENTOS DE UN DIARIO INTIMO.

---

*14 Diciembre 188...*

....¡qué amor tan callado el de
la muerte!

*Rima LXXVI.*

Hoy, como muchas tardes, vengo de visitar el sepulcro de Z.....

Nunca he podido dominar la impresión grotescamente dolorosa que me causan estos cementerios de villorrio. Siempre situados en los atrios de los templos, siempre con sus tumbas adaptadas á la estravagante estética de los vástagos degenerados de Netzahualcoyotl, siempre con sus inscripciones candorosas, primitivas y

ridículas para las miradas del civilizado.

Aquí se agusana el esqueleto de Z...... Aquí, debajo de una plancha cuadrada de mármol blanco, sobre la cual se lee su nombre y la fecha del día en que se desterró de la existencia.

Este extraño cementerio de villorrio está dividido en dos categorías. Una, que es el atrio propiamente dicho del templo, y otra que es el atrio de una capilla lateral. Y están separadas por un muro derruido de adobe, un muro en el que se incrusta una puertecita plomiza, cuyo indefinible color se confunde con el gris del muro.

Parece que pintaron la puertecita, y el muro, y mi alma, con el gris tomado de la paleta inmensa que cubre esta tarde tristísima de invierno.

En el cementerio grande, como llaman las gentes del pueblo al terreno que sirve de atrio al templo, en el cementerio grande hay esparcidos al

azar diez árboles cubiertos de hojas en Mayo y Julio; pero hoy desnudos, secos; mirando con sus ramas deshojadas la inmensa paleta gris que cubre esta tarde invernal. Y una línea larga de paralelógramos formados con ladrillos; son las tumbas, con sus cándidas inscripciones, escritas según la sintaxis y la ortografía extraña de los que habitan el villorrio.

Antes de empujar la puertecita incrustada en el muro plomizo, me detengo todavía á mirar el gran cuadro árido, los diez árboles secos, la línea de tumbas de ladrillos y la portada del templo, con sus dos imágenes de piedra, haciendo guardia eterna, colocadas en actitud de centinelas místicos que custodian la entrada del santuario.—Dos imágenes indefinibles, grotescas, extrañas, anónimas. Dos imágenes que un artista moderno del pueblucho, al restaurar el templo, supuso frailes de la orden del Doctor Seráfico, pues les pintó hábitos de blanco y negro; pero como el

sexo aún quedaba dudoso, pintó también gruesas líneas en torno de la faz y sobre los labios superiores de ambas.

Y así formó el moderno artista restaurador del templo, dos santos de la orden dominicana con las imágenes extrañas, grotescas, anónimas, indefinibles....

Empujad la puertecita incrustada al muro y os encontráis en el *cementerio chico*, en el atrio de la capilla lateral.

Allí descansa Z.... Allí paso mis tardes glaciales de invierno y soledad.

*Diciembre 18.*

Quizá para que mis torturas íntimas sean mayores, poseo un cerebro enfermizo que recoje como placa fotográfica la visión de ciertos pasajes, de ciertas fisonomías y la de conversaciones y diálogos determinados, si visión de diálogo ó de relato puede

llamarse el recuerdo de un timbre de voz y de lo que esa voz contó....

Muchas noches de aquel invierno, cuando sonaban las ocho en el reloj del templo cercano, Rosa, la amiga íntima, la confidente de Z...... me hacía arrodillar y rezábamos un sudario por el descanso del alma de la niña suicida.

Y después del último *requiescant in pace*....

—¿Crees que se haya salvado?— me preguntaba.

—¿Por qué no?

—Porque el suicidio es pecado mortal; pero Z...... comulgó el día que se quitó la vida.

—Entonces está en el cielo.

—Sí, porque el Sacramento de la Eucarestía borra la culpa mortal.

—¿Y si la culpa mortal hubiera borrado la acción benéfica del Sacramento?

—Entonces ¿dónde crees que estará su alma?—me preguntaba Rosa angustiosamente.

—Su cadáver en el panteón—le contestaba yo—su recuerdo en nuestros corazones......

—¿Y su alma?

—¿Su alma?......... Tal vez ni ella misma sabe dónde está. ¿Acaso tú sabes dónde está la tuya, cuando sueñas blanco?

—Pues qué ¿no crees que está en el cielo? ¿No crees que la Eucarestía borró el suicidio?

—Sí, le contestaba, para evitar una discusión en la que yo salía siempre vencido. Porque la exquisita lógica femenina no admite teología, ni metafísica, ni dogma alguno que salga del dominio sentimental.

Después sacaba Rosa una fotografía de Z...... y la contemplábamos en silencio largo rato.

—De una muerta no debes tener celos, decía yo.

—¿Por qué?

—Porque la amo como te amo á tí, desde que vamos á poner flores sobre

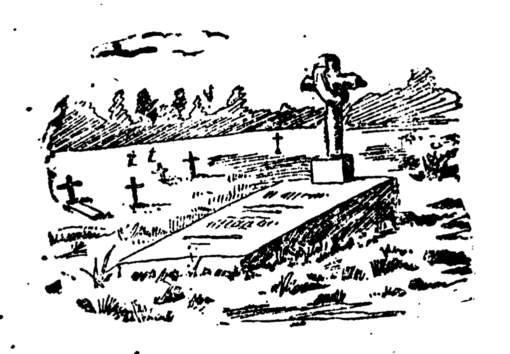
su tumba, desde que rezamos juntos por el descanso de su alma. .... y algunas veces me preguuto: ¿á quién amo? ¿á la muerta ó á tí? Pero nunca me has dicho por qué se envenenó.

—Vete, contestaba Rosa, ya es muy tarde.

Besaba yo sus manos y sus ojos para sentir en mis labios la caricia de sus pestañas rizadas; y salía de allí temblando de amor y de frío Salía para perderme en la noche negra que cubría con su mortaja á la ciudad dormida.........

Hoy.... también Rosa sueña blanco en un cementerio muy lejano al atrio del templo del villorrio.

---



*Diciembre 22.*

## VISITA AL SEPULCRO DE Z...

¡Cuántas tardes de un invierno, que se perdió ya en el cáos donde se pierden todos los inviernos, veníamos Rosa y yo á colocar violetas sobre la placa cuadrada de mármol blanco donde está esculpido el nombre de la suicida!

Hoy vengo solo y divido en dos el

manojo de violetas frescas: una parte para la tumba de Rosa, la otra para la placa blanca donde está esculpido el nombre de la suicida.

Porque en este panteón extraño no hay madreselvas, ni rosas ni heliotropos, como en el panteón donde duerme Rosa. En torno de la placa de mármol blanco sólo hay flores amarillas, flores silvestres y extrañas, cuyo perfume sepulcral y amargo turba y marea; flores amarillas que lo mismo en invierno que en estío, parecen insensibles á la lluvia, al frío, al viento otoñal, al calor ardoroso del verano.

Siempre amarillas, nunca frescas, nunca marchitas; siempre mareando y turbando los sentidos con su perfume extraño, sepulcral y amargo...!

*Diciembre 25.*

En el mismo tren que tomé para venir al poblacho, vinieron también algunas mujeres elegantes y bellas.

Quizás á tomar el sol amarillento de invierno para ahuyentar el sueño que fatigaba sus párpados! Todas parecen cansadas por la vigilia y fatigadas por el baile. Tadas esconden sus cabecitas entre las plumas de sus boas. Había algunas cabecitas rubias y otras morenas. Unas contemplaron durante todo el trayecto la campiña desolada y triste, y otras cerraron los párpados y se dejaron arrullar por el monótono rumor de las ruedas del tren sobre la vía.

Todas deben haber pasado su noche de Navidad agitadas por el bullicio, por las risas y por el baile.

Yo la pasé solo, triste, temblando de frío y de soledad, arrullado por el recuerdo de mis dos muertas.... pensando que tal vez aún está muy lejos la Navidad que pasaré soñando blanco junto á ellas.

Pero las hermosuras de las elegantes y sus perfumes refinadísimos turbaron mis sentidos, y al empujar la puertecita incrustada al muro derrui-

do, hice surgir ante mis ojos de visionario, una escena de amor entre Z.... y yo.

Levantó la placa de mármol sobre la cual está esculpido su nombre y vino á sentarse junto á mí. La miré envuelta en su mortaja que el tiempo ha convertido en girones.

Sentí que me estrechaba la mano con su mano huesosa y descarnada, recogió algunas flores amarillas de las que nunca se marchitan, formó un ramillete y aspiró su perfume amargo, sepulcral.........

—Para que lo lleves al sepulcro de Rosa, me dijo.

—¿No tienes celos de ella? pregunté.

—Las muertas no tenemos celos de otras muertas.

—¿Y de las que no se han muerto, tienes celos.

—Tampocc..... porque después de la vida, no se ama el color de las miradas ni la tersura de la epidermis, ni las líneas de las formas. ... Tras de la tumba, el amor no es obsesión de

los sentidos y del sexo, sino obsesión del alma.

Pasó por mis cabellos sus dedos fríos y me acarició el rostro con un girón de su mortaja.

Y cuando quise estrecharla para besar su rostro de calavera, y embriagarme con su perfume sepulcral, se escondió debajo de la placa blanca.

Ya no estaba en el cielo el sol amarillo, ya las lechuzas de la torre graznaban lúgubremente en derredor de algunos sepulcros, y el rumor del último tren que iba á partir, me vino á despertar de este delirio junto á la tumba de Z......

---

*Diciembre 28.*

## MEDIA NOCHE.

---

Acabo de hojear un librote muy grueso, insípido y triste, intitulado:

"El mundo como voluntad y como representación."

Este librote, escrito por un señor que se llamó Cárlos Arturo Schopenhauer, deja una impresión profundísima de amargura y de misantropía.

En su admirable teoría sobre el dolor, dice el sabio Francfort que, "la felicidad ó infelicidad íntima, no depende de los acontecimientos exteriores, sino del organismo especial de cada uno, más apto para el sufrimiento que para el placer."

"La voluntad, dice después, es como la cuerda de una lira, el obstáculo que la hiere produce la vibración, el conocimiento es el fondo sonoro y el dolor es el sonido."

Para hacer menos dolorosa la impresión producida por la lectura del libro del sabio de Francfort, leí después un capítulo de otro libro anónimo, no menos triste, no menos pesimista, pero eminentemente consolador para las horas más enfermas del espíritu. Este libro, cuyo nombre co-

noce todo el mundo, atribuido á Tomás de Kempis, pero muy poco leído, porque no todo el mundo gusta de mirar sus úlceras íntimas; este libro, llamado "Imitación de Cristo," calmó un poco mi alma turbada por las paradojas del filósofo de Francfort....

Cerré también la "Imitación" ¡Al diantre todas las filosofías!

Y antes de escribir en mi diario y dormirme sobre él, me puse á contemplar un retrato de Rosa.

Recuerdo como si fuera ayer, aquellas noches que ambos mirábamos el retrato de Z.... Algunas veces le decía yo pedantescamente, recordando á Giacomo Leopardi:

*Tal fostir or qui so terra*
*Polve é scheletro sei......*

Y ella sonriendo, reprochaba mi manía literaria

—Déjate de versos, decía; vamos á rezar por el descanso de su alma.

La filosofía de Rosa era más sana y más convincente que la del sabio de Francfort, puesto que siempre me vencía y me hacía arrodillar para que rezáramos por el alma de Z....

.......................................................

Hoy no está Rosa cerca de mí, para impedir que abrumado por la soledad glacial de esta noche de Diciembre, murmure yo al mirar su retrato, como el poeta triste de Silvia y de Nerina.

*Tal fostir or qui so terra*
*Polve é scheletro sei......*

*Diciembre 29.*

Voilà le croque-mort qui vient.

*Chanson des rues.*

Por un curioso eslabonamiento de ideas y de imágenes, siempre que me encuentro en la calle con el Sr. X..... llamado modernamente administrador general del cementerio H ......,

pero muertero propiamente dicho, me acontece ver en mi interior, como se perfila en sombras chinescas sobre la tela de los panoramas íntimos, la vista disolvente y reprostectiva de aquel día en que conocí al señor X... muertero. Fué 30 horas después de que Rosa me miró por la postrera vez, treinta horas después del supremo momento en que aquella rubia á quien amé, dejó de respirar y de mirar el mundo visible; treinta horas después de que su cuerpo quedó inerte y de que la vida orgánica cesó en aquella carne que con tanta fiebre besé y acaricié. Salimos seis varones y cinco hembras de la casita que fué tanto tiempo mi celda sentimental, mi reposamiento para las agitaciones prácticas y algunas veces mi sufridero, cuando miraba yo fruncido el ceño de aquella, cuya carne descompuesta iba dentro de un ataud que cargaban cuatro ganapanes. Metieron el ataúd en un carro con colgaduras negras y los once deudos nos metimos en un

tranvía. Rápidamente atravesamos la ciudad y cuando llegamos al cementerio, me presentaron con el señor X...., me descubrí la cabeza, hice una curva con mis caderas y seguimos al señor X... que iba á indicarnos el agujero destinado para que se pudriera y se agusanara aquella carne blanca que había sido mi delicia. Después rodeamos aquel paralelógramo cavado en la tierra, y cuatro sepultureros al mando del señor X.. tomaron el ataud entre dos cuerdas y haciéndolo rechinar contra las tablas y contra las paredes del paralelógramo, le dejaron caer en el fondo. Se oyó un ruido seco, los servidores del señor X... echaron paletadas de tierra sobre el ataud y yo, á riesgo de poner en ridículo mi muy cómica virilidad sentimental, sentí que una ola de llanto amarga me subía á las pupilas, y dejé correr mis lágrimas, y dejé ridículamente escapar los sollozos que me estrujaban la garganta.

¡Qué bello estaba el cielo azul tras-

parente! ¡Qué brillante é impasible el astro en cuyo derredor gira nuestro planeta! ¡Cómo temblaban las hojas de los fresnos, cómo se perfumaba el aire con las exhalaciones de las flores de las tumbas, y cuántas mariposas y colibriés multicolores, revolaban sobre las cruces de los sepulcros! Y sin embargo, todo me pareció noche y negrura, sentí como un vértigo y cuando volví á mirar el sol y las mariposas y los colibriés multicolores, el señor muertero X... me ofreció azúcar y agua, y una parienta septuagenaria de Rosa me dijo, que ella no lloraba por los muertos sino por los recién nacidos, y que yo debería orar por Rosa y no llorar llanto que sólo era producido por el egoista y vano sentimiento de haber perdido un placer. Esta septuagenaria, que no conoce más autores que el P. Ripalda y los autores anónimos de los triduos y las novenas, me recordó á Platón. *Voluptas omnium maxime vaniloquea* y á Montesquieu: *il ne faut pas pleu-*

*rer la mort des hommes; maisleur naissance.....* y es muy curioso este eslabonamiento de imágenes que comienza siempre con un saludo del señor muertero X... y concluye con las frases de la parienta de Rosa ó con una cita de Platón. Ahora siempre que encuentro al señor X... puedo con muy vivos colores mirar esa decoración del entierro de Rosa; porque aún no está muy lejano ese acontecimiento; pero cuando hayan pasado mas años, ¿cuántas decoraciones y sombras chinescas necesitaré traspapelar y remover para encontrar en mi panorama cerebral esta vista disolvente que evoca cada vez que me saluda el señor muertero X..?

*Diciembre 30.*

Quare triste es anima mea et
quare conturbas me?

¿Qué origina la tristeza inexplicable de algunas álmas en determinados dias?

El salmista atribuía la turbación de su espíritu á la consecuencia del pecado. Entre nosotros ¿que es el pecado? *Une facón de parler*, me decía uno de mis heréticos amigos. ¡Es tan relativa la gravedad del pecado!......

Pero la monotonía de la vida, el esfuerzo inútil de nuestras luchas, la vanidad eterna y la miseria profunda de todo lo que existe, nos produce quizás ese incurable desaliento, cuya gravedad aumenta los dias sin sol... ¡Haber mirado ó creído mirar el fondo de las cosas y de las afecciones! Tener la convicción sincera de que todo es vano, miserable, inútil; de que la vida es una sucesión de esce-

nas cómicas ó dolorosas ó trágicas!... Mañana se acabará este año. Es decir, se escribirá una cifra nueva después de la tercera. Y despnés ¿qué?...

..................................................

Yo me imagiño la melancolía como una mujer pálida, con los párpados violados, con el encanto peligroso de las meretrices tristes. Desocupada y perversa como todas las meretrices, se pasea por el mundo deteniéndose á besar á los humanos, besando larga y dolorosamente á los que aman sus caricias y sus besos emponzoñados... apartándose y rechazando á las almas fuertes que la rechazan y se apartan de sus brazos seductores.

Y al obscurecer de estos dias infinitamente tristes y amagos de mi existencia estúpida, experimento el deseo vehemente de aspirar un ramillete de ardomideras envenenadas para cerrar los párpados y no volverlos á abrir jamás......

¿Qué, sería el alma errante de Z..... quien me dictó los renglones insensatos é incoherentes que acabo de releer? Nó, es que como dice el sabio maestro de Francfort, hay organismos predispuestos para martirizarse con la convicción profunda de la vanidad eterna de la existencia.

## *Diciembre 31.*

> **Le temps s'en va, le temps s'en va, madame.**
> **Las! le temps non, mais nous, nous en allons.**
>
> ***Ronsard.***

Hace algunos años que en un día 31 de Diciembre como hoy, me llevó Rosa á *dar gracias* á la parroquia de su barrio.

—Vamos á *dar gracias* esta noche.

—¿Gracias de qué?, le pregunté.

—De haber vivido doce meses más, de haber prendido algunos alfileres más en nuestro alfiletero íntimo, me contestó dándome un alfiler para que asegu-

rase yo el velo entre sus cabellos rubios.

En la parroquia *dimos gracias*, rezamos el *sudario* por el alma de Z...., al salir del templo miró las estrellas que temblaban en el firmamento, y al apoyarse en mi brazo:

--Te voy á contar por qué se envenenó, me dijo levantando sus rizadas pestañas.

---

Pero como aquí terminaba la última página arrancada del manuscrito íntimo, no puedo decir á las amigas desconocidas de Z... por qué se envenenó la virgen que sueña blanco bajo las flores amarillas de perfume amargo y sepulcral.

# LA ENVENENADA

A mediados del año de 188... los diarios de México publicaron la noticia del envenenamiento accidental de una virgen de 18 años, acaecido en un pueblecito de los alrededores.

Mucho tiempo creí, como los lectores de los diarios, que un accidente fatal le había arrebatado la existencia; pero el destino me colocó, veinte meses después, frente á quien había de revelarme las escenas últimas de aquel drama, escondido entre los sacudimientos postreros de una alma en vísperas de abandonar su envoltura de materia.

Iniciado en el secreto de las borrascas postreras de aquel ser, me fué mostrado también un íntimo gemido escrito á un amigo, un sollozo arrancado del fondo más obscuro de su alma, y escrito con mano firme por aquella con quien me crucé un día en el mar de la existencia, por aquella mano que sólo estreché dos veces, por aquella mujer cuyas únicas muestras que conocí de su carácter, fueron fórmulas sociales y banalidades mundanas, incapaces de hacerme sospechar sus agitaciones secretas.

Ante la serenidad de su frente virginal, bajo la sombra de sus miradas, y acariciado por su angélica sonrisa, se estrellaba la sutileza del observador; pero desde que labios reveladores é indiscretos y aquel postrimer sollozo escrito, me abrieron la misteriosa puerta del santuario de sus intimidades, le formé un culto, levanté á su memoria un pedestal interior, de donde no la derribarán nunca ni las preocupaciones del vulgo, ni las calumnias de los reptiles que se arrastraron en torno de ella.

He llegado á amarla en la tumba; con un amor ridículo y extravagante quizá, con el desinteresado amor con que se ama á los que ya no viven la vida que vivimos.

*
* *

Instigado por su sombra (si las sombras vuelven), perseguido en sueños por su imagen confusa y vaga, he removido el osario de mi memoria é intentado engalanar su esqueleto con mi pobre imaginación (hoy que nadie la recuerda) para escribir estas líneas. Y que las lectoras benévolas amparen estos renglones desaliñados, y sean indulgentes no sólo para la suicida, sino para el profano que intenta despertarla de su letargo eterno.

*
* *

Desde su llegada al pueblo había preferido aquella habitación, que miraba al Poniente y en donde le gustaba pa-

sar, sumergida en largas meditaciones, las últimas horas del día.

Eran los únicos momentos que la dejaban libre los quehaceres domésticos y las continuas visitas de Doña María, los únicos momentos en que se entregaba á sus lecturas preferidas, mientras la luz luchaba con la sombra, mientras la noche, auxiliada por el obscuro tapiz de las paredes, invadía la estancia. Cuando se ennegrecían los celajes, que momentos antes doraban las postreras irradiaciones del sol agonizante, y las montañas que se divisaban desde la ventana, parecían pirámides de sombras; cuando la esbelta torre y la media esfera de la parroquia, destacaban sus siluetas negras en la profundidad del cielo violáceo crepuscular, y las aves nocturnas saliendo de los rincones de la torre, lanzaban al aire su chillido fatídico y lúgubre; cuando aún vibraba el eco de las campanadas del toque de oraciones y la venerable figura del señor cura, después de decirle: "Dios te bendiga," se perdía tras la pesada puerta

gris del atrio de la parroquia, Magdalena dejaba caer su frente sobre la reja de la ventana.

Sus miradas húmedas se perdían entre la infinita extensión del horizonte, y las primeras estrellas temblorosas que asomaban de entre la profundidad del cielo, alumbraban con su claridad amarillenta é incierta, la soledad del campo y la tristeza del alma de la niña. En aquel pueblecillo á donde no llegaban los rumores del mundo, en aquella hora de soledad y de abandono, sentíase triste y predispuesta á llorar, su alma impresionable sufría la influencia de las primeras horas nocturnas.

La silenciosa calma con que muere el día lejos de las ciudades, la sumergía en un mar de tristeza y languidez.

Después todo era negro en torno de ella, sólo la blancura de la Vía Láctea y el temblor de las estrellas manchaban el firmamento obscuro, sólo el grito de algún mochuelo turbaba el silencio de sepulcro que se cernía sobre el pueblo, y Magdalena cerraba su ventana é iba

á arrodillarse frente á un Cristo blanco, único adorno de los muros de su alcoba. Aquel ebúrneo Cristo sobre negra cruz de ébano, último resto de un esplendor perdido; aquel Cristo que había visto con sus miradas impasibles las alcobas lujosísimas de la madre de Magdalena, miraba ahora desde el pobre muro, la figura de aquella virgen arrodillada ante él.

Y siempre que era muy grande la tribulación de su espíritu, la pobre niña no podía orar; encontraba muy débiles las frases del *Paternóster* para implorar el celestial consuelo.

"Si no hay oración en tus labios, le había dicho el señor cura, llora, Magdalena, bienaventurados los que lloran."

"Jesús perdonó á la pecadora pública de Magdalena, porque vertió mucho llanto, y si las lágrimas de pecadoras son el precio de su perdón, las de las vírgenes afligidas son como perlas que adornan la diadema del Padre celestial."

Estas consoladoras palabras hacían que Magdalena encontrase un excesivo alivio á sus pesares íntimos, cuando la aflicción de su espíritu se traducía en llanto, y cuando su tristeza se resolvía en lágrimas abundantes, que derramaba frente al Cristo blanco que adornaba el pobre muro.

Aquella imagen del Mártir Nazareno era una de sus grandes ocupaciones.

—Consérvalo, hija mía, la había dicho doña María; consérvalo como una reliquia, como recuerdo de Su Majestad la Emperatriz Carlota.

Y Magdalena cortaba todas las mañanas, después de misa, flores que se marchitaban á los pies del Redentor. Magdalena alimentaba una lámpara roja que alumbraba con resplandores sangrientos la blancura amarillenta del marfil, durante horas insomnes.

Aquel Cristo, adorno único de los blancos muros de su alcoba, contrastaba de una manera singular con la pobreza del mobiliario de la estancia. Cer-

ca del lecho la mesita de noche, y sobre ella, la lámpara de rojizos resplandores, el devocionario y las flores secas.

En un ángulo de la alcoba, el armario y á un lado de éste el tocador, frente al que Magdalena trenzaba todas las mañanas las doradas madejas de su cabellera. Dos sillas completaban el humilde mobiliario de la alcoba de aquella hija de doña María, la gran dama que ocultaba su pobreza en ese rincón del Distrito Federal.

Doña María hablaba familiarmente de Su Majestad Carlota, del Regente, de Almonte, de Miramón, del Gabinete imperial; y hablaba también, con marcado desdén, de su difunto marido el General, quien, después de luchar por la causa reaccionaria, se había pasado á las huestes republicanas.

El General murió pobre, dejando una raquítica pensión á doña María, con la cual vivían ella y Magdalena, la última de sus cinco hijas y la única que habitaba el hogar materno.

Aquella Aspasia del imperio efímero y de la administración juarista, aun no abdicaba de su antigua belleza; y soñaba en el buen matrimonio de Magdalena, para volver á brillar en los aristocráticos salones de la capital.

Y á fe que al mirarse al espejo en las mañanas, menos pensaba en abdicar. Alta, esbelta, majestuosa en el andar, abundante cabellera rubia, en la que ya peinaba muchas hebras blancas; ojos grandes y claros, orlados con obscuros círculos que hacían resaltar la mate palidez de su semblante; manos finísimas de estatua y un timbre bellísimo de voz, completaban la personalidad de aquella mujer, que hacía pensar en las fiestas esplendorosas de la Regencia y en los festines íntimos de Don Sebastián Lerdo.

Doña María esperaba rico marido para Magdalena, cuando llamó su atención un desocupado elegante que hacía todas las mañanas el viaje de la capital al pueblecito.

***

Rafael pertenecía al numeroso grupo que alguno llamó ceros sociales. Grupo formado con ricos que dilapidan su fortuna y con parásitos que les ayudan á dilapidarla. Rafael era de estos últimos, si bien las apariencias hacían tomarle por uno de los primeros, por lo menos así lo creyó doña María y mirando en él, el "sésamo" que le abriría las puertas de la opulencia, presentó á Magdalena el satélite del coronel Quintana.

En este sistema planetario social, el observador no distingue, á la primera ojeada, al planeta del astro que gravita en torno de él. De la misma manera brillan ambos, y sólo después de observaciones minuciosas puede saberse quién tiene brillo propio y quién recibe luz.

Con la misma altivez que el coronel ordenaba enganchar la victoria, Rafael ordenaba ensillar la yegua inglésa, y en la casa del coronel había siempre una habitación dispuesta para Rafael.

Estos astros tienen, como los del mundo sideral, su zenit y nadir ¡qué digo estos astros! todas las existencias; lo mismo las muy ilustres que las muy obscuras; y la del coronel estaba en pleno zenit en la época de este relato. Diputado al Congreso de la Unión, candidato al Ejecutivo de su Estado y postulante á General.

Quintana realizaba los deseos de doña María (astro que tocaba á su nadir), si bien creía la fortuna y el porvenir de Rafael tan brillantes como la fortuna y el porvenir del coronel.

Rafael, ese astro de segunda magnitud, gravitaba en torno de su zenit, á donde le acercaban cada día más, los favores (?) con que pagaba la luz y el calor del astro refulgente.

Rafael vió en Magdalena un partido para el coronel y, por consiguiente, una gratificación espléndida con que el astro pagaría esta joya, que sin duda alguna aumentaría el brillo de su diadema de calaverón.

Doña María puso á Magdalena fren-

te á Rafael, creyendo obrar como madre que desea la felicidad de una hija, al hacer el elogio de un joven que no podía doblar los dedos, pues lo impedían sus sortijas; de un joven que hablaba con desenfado de las principales damas de la ciudad.

Regularmente engaña la fisonomía de esos seres: Rafael era una de esas fealdades elegantemente enmascaradas, y bajo su antifaz de elegancia y su mirar profundo, nadie hubiera adivinado su corazón de fango. Y en verdad que la varonil belleza del elegante habría engañado á cualquiera, y si Magdalena hubiera sido de esas almas que se dejan arrastrar por la primera impresión, quizás habría experimentado un movimiento interior al contemplar aquel perfecto óvalo de rostro orlado por negra barba, aquellas miradas agradables y aquella ancha y despejada frente; quizás hubiera creído encontrar grandes sentimientos bajo aquel disfraz tan bello; pero Magdalena nunca había amado, nunca amó.

Los únicos sentimientos que agitaron su alma fueron el respeto y la obediencia á doña María, los éxtasis largos y continuos frente á las magnificencias, ya tristes, ya esplendentes, de la naturaleza; y su afecto extraño y sin nombre para el señor cura, único ser que comprendió la exquisita delicadeza de aquella alma.

⁂

Un mes después de la presentación de Rafael en casa de doña María, hecha por el Jefe político del pueblo, el elegante presentaba, á su vez, al coronel, y éste, como hombre práctico, no tardó mucho en exponer sus planes á doña María.

Frisaba en los sesenta el coronel, y su vientre obeso indicaba salud y bienestar. Habiéndose pasado su juventud y parte de su madurez en las montañas, huyendo de los invasores y de los reaccionarios; habiendo arrastrado muchos años la existencia azarosa de los

guerrilleros, el coronel tomaba desqu te en su senectud: sus pómulos y s nariz rojiza hacían adivinar el alcoho lismo; los raros mechones blancos qu cercaban su redonda calva hacían pre sentes muchas noches de libertinaje y de tapete verde; y sus labios, gruesos y ennegrecidos por el tabaco y el alcoho y rodeados por largos é hirsutos hilo blancos, dejaban ver una dentadura es casa y negruzca, cuando reían con su mefistofélico reir. Entre las teatrales actitudes de conquistador que adoptaba este decrépito Don Juan, la que más cuadraba á su vanidad y con la que se creía irresistible á todas las miradas femeninas, era la que tomó la noche que se arregló el *negocio* de Magdalena.

Enderezando su redonda calva y adelantando el pie derecho hasta dejar ver el rojo calcetín de seda, sobre el cual flameaba la negra cinta de los borceguíes, colocaba los pulgares de ambas manos entre las mangas del chaleco y lucía los grasosos dedos cargados de pedrería.

Entre las manías de los advenedizos, es muy digna de notar ésta del abuso de las joyas, y un sutil observador encontraría quizás afinidades entre el saltimbanqui de camisola cargada de relumbrones y el advenedizo con los dedos cargados de brillantes.

Después de una larga entrevista, en la que doña María se mostró altiva (pero con la altivez del vencido), el coronel quedó formalmente comprometido á *poner la casa* y á ligarse con Magdalena antes que acabara el mes.

Doña María habló á su hija cuando el coronel hubo partido, expresándose así:

—Magdalena, nuestra futura prosperidad depende de tí, y no creo que tu sentimentalismo exagerado te haga despreciar las proposiciones del coronel.

—Madre, contestó Magdalena enrojeciéndose é inclinando su cabeza rubia, yo jamás he tenido voluntad, y hoy como siempre harás de mí lo que te plazca.

Magdalena salió de la alcoba de doña

María, y al encontrarse en la suya se arrodilló frente al Cristo blanco del pobre muro. Los resplandores de la lámpara enrojecían la amarillenta blancura del marfil, un aroma vago de marchitas flores embalsamaba la atmósfera tibia de la alcoba; y cerca de la ventana, las nocturnas aves lanzaban al aire su grito lúgubre y fatídico.

Magdalena permaneció largo rato sumida en meditación profunda. ¿Qué hacer? se preguntaba de cuando en cuando en alta voz: ¿huir? ¿á dónde? ¿entregar su cuerpo virginal á las caricias del libertino inmundo que compraba su honra y su belleza?

Y levantando sus miradas hacia el Crucifijo blanco, parecía decir como éste en Getsemaní: «Padre, aparta de mí este cáliz»....

Aquella noche Magdalena llegó al límite extremo del dolor; é insensible, anonadada, fatigada de llorar y de sufrir, acercóse á su ventana. Por allí contempló la soledad infinita de la noche, semejante á su infinita soledad.

Las estrellas temblaban en la profundidad del firmamento, los árboles semejaban fantasmas negros clavados á lo largo del camino, y las siluetas de la torre y de la media esfera de la parroquia, parecían dos aludes de sombras, que se desprendían, más obscuras y más negras, de la profunda obscuridad del cielo.

.................................

—¡Jamás! dijo Magdalena incorporándose en el lecho.

***

La campanita de la parroquia llamaba á misa de seis, cuando Magdalena, cubierta con un chal negro, penetró en el templo.

Y aquella misa matinal despertó en ella reminiscencias de las primeras misas cristianas; se imaginaba haber vivido en las Catacumbas, haber asistido al sacrificio santo antes de ser víctima de las fieras en las arenas del circo, y como los primeros mártires, apuraba el

cáliz esperando que muy pronto iba á encontrarse cerca del Dios bondadoso que recibiría su alma.

Después de la misa pidió confesión; cuando hubo besado la diestra del señor cura, salió del templo, y al mirar la magnificencia del cielo, sintió la vida. Su cuerpo se bañó de un sudor frío al considerar que sólo dos días más miraría la espléndida salida del sol por Oriente.

Por un momento dudó de la piedad divina. "Padre, ¿por qué me desamparas?" Por un momento se preguntó ¿por qué el Dios Omnipotente no la arrancaba de los brazos del coronel?

Antes de entrar á su casa, Magdalena pidió al farmacéutico un pomo de láudano para curarse el insomnio.

Doña María despertó después de mirar en confuso tropel un mundo de prosperidades y honores, de carruajes y fiestas, en tanto que en la alcoba de junto, en la pobre estancia de muros blancos, revoloteaba el pálido ángel de la muerte.

⁂

El señor cura se paseaba á lo largo del templo desierto, él conocía mejor que nadie las sombras que invadían con frecuencia aquel santuario virginal; y con la práctica larga del sufrimiento, con la experiencia de sesenta años emblanquecidos con la nieve de la existencia, comprendió que Magdalena había ocultado algo en su confesión.

Cansada de sufrir, Magdalena durmió pesadamente aquella noche, última de su existir, ese sueño letárgico que se apodera del organismo, lo mismo después de un exceso de dolor, que después de un exceso de placer, y que se apoderó de ella hasta que la luz le besó los párpados.

⁂

Arrodillada cerca del blanco lienzo que separa el altar del lugar destinado á los fieles, Magdalena recibía la forma consagrada de las manos temblorosas

del sacerdote, el símbolo eucarístico, el pan celestial que tanto nos consolara en nuestra infancia.

El señor cura estaba muy lejos de creer que aquella *forma* era la última que recibirían los trémulos labios de su hija, que aquel pan constituía la propia condenación de Magdalena.

Después que los últimos fieles abandonaron el templo, y el señor cura salió á rezar su oficio de la mañana bajo la frescura de los árboles que rodean la parroquia, Magdalena quedó sola en el templo, sola frente á su conciencia en los momentos que acababa de recibir la Eucaristía. Y con su lógica de 18 años, sabía conciliar la religión con el más negro de los crímenes de lesa naturaleza, y encontraba perdonable su suicidio.

Antes que venderme, muero, se decía. Sin embargo, cuando el espíritu es fuerte, tiembla la materia y su cuerpo todo se estremeció involuntariamente al sólo pensamiento de los dolores que la esperaban.

Durante el día, nadie turbó su paz

serena, á la hora de comer nada hizo cambiar la sonrisa triste que vagaba por sus labios, ni el nuevo plan de vida que expuso doña María, ni los proyectos de trajes, festines, bailes, ni la noticia de que aquella noche vendrían Rafael y el coronel: nada cambió la faz impasible y serena de aquella virgen inmolada.

Al caer la tarde, Magdalena se encerró en su alcoba y escribió:

"Padre mío, perdón; cuando lea usted esta carta, ya no existiré en la tierra, ya viviré tranquila en el mundo donde no traficarán con mi belleza, que ha sido la causa de mi desgracia.

"Perdón, padre mío; perdón si me arranco la vida antes que pertenecer á un hombre que me compra y á quien detesto. ¡Perdón!....—*Magdalena.*"

Cerró el pliego y escribió con letra firme:

*"Para el señor cura."*

Después, sacando de entre las almo-

hadas el frasco que contenía el veneno, lo acercó á la lamparita que alumbraba el Cristo, para contemplar á través de sus resplandores la rojiza negrura del láudano; la contempló tristemente, como contempla la víctima al verdugo, como contempla el moribundo la luz que se extingue para sus turbias miradas, como contempla tristemente el soldado herido la campiña donde cayeron sus compañeros.

Destapó el frasco, y empapando uno de sus dedos en el líquido negro, saboreó su amargura. Sus ojos se nublaron con lágrimas, la alcoba se pobló de recuerdos, el Cristo amarillento parecía detenerla con sus ebúrneas miradas. Y ante sus ojos pasaron las tardes que leía ó bordaba junto á la ventana, las contemplaciones frente al moribundo sol, las noches de oración, las tristezas de los días nublados, las melancolías de los cielos grises, las visitas del señor cura, los carmíneos albores de las mañanas de comunión; todo un desfile incesante de pasados goces y tristezas.

Todo pasó delante de ella como pasan en un campo de batalla los últimos batallones despedazados; como pasan en un mar agitado después de un temporal, los restos de la embarcación destrozada por las furias del viento; como pasan en el cielo después de una tormenta, los últimos girones de nubes desgarradas; como pasan en insomnes noches ante nuestros ojos fatigados, los recuerdos de nuestros primeros goces, de nuestros primeros dolores.

Magdalena dijo adiós á su olvidado rincón, y bebió el negro líquido de rojizos reflejos.

Después.... ¿qué añadir á estas líneas copiadas del libro, grotesco y trágico, desgarrador y trivial, de la existencia humana?

¿Diré que Magdalena duerme olvidada de todos los que la conocieron? ¿que sobre su lápida humilde nadie va jamás á llorar ni á poner flores? ¿que las devotas setentonas al pasar cerca de ella todas las mañanas cuando entran al templo, se apartan con horror de la



piedra que cubre los huesos de la virgen suicida, y que sólo adornan su sepulcro las flores amarillas y sin aroma que han brotado de su cráneo?

¿Diré que doña María vive olvidada en el fondo de un tercer patio de casa de vecindad, y que algunas veces cuenta á sus vecinas «que tuvo una hija muy bonita, pero muy tonta, que no quiso ser rica y se mató?» ¿Diré que el coronel enrojece cada día más sus pómulos, y que Rafael cuenta á sus amigos de cantina que Magdalena se mató por él?

---

# ELENA

*—L'amour de la femme?*
*—Une grosse blague, mon cher.*

* * *

—No lo creas, Luisa; ningún hombre me amará como él, decía Elena sollozando sobre el seno de su amiga.

—Además, continuó, mi único deber, mi único amor está allí.... Y Elena, desasiéndose de los brazos de Luisa, señaló con los ojos húmedos á un niño rubio que una niñera llevaba en brazos.

Nueve días después de aquel tristísimo entierro del esposo, Luisa había vuelto á la casa de Elena para cumplir

con la fórmula del pésame; pero más bien para distraer á su inconsolable amiga.

Luisa era jovial, alegre, vivaracha, y con esa familiaridad que sólo se permiten las amistades muy antiguas y muy firmes, había dicho á Elena:

—Es preciso que te vuelvas á casar; porque la pobrecilla viuda, al mirar entrar á su amiga, se había echado en sus brazos sollozando locamente.

—No lo creas, Luisa; nó: jamás volveré á amar á nadie como á él.

Luisa sabía que en los instantes de supremo dolor para las almas delicadas hay que callar ó amortiguarlo; pero no exacerbarlo con quejas ni exasperarlo con ridículas fórmulas sociales.

—A ver, Elena, que traigan á tu hijo, quiero verlo...., dijo Luisa, ¡y no llores más, tontuela! ¡llorar para enrojecer tus ojos! ¡tonta! ¡te afeas cuando lloras! Y coquetamente, graciosísimamente, Luisa secaba los ojos de la encantadora viuda, le besaba la frente, los ojos, las mejillas, le pasaba las manos por la ca-

bellera negra y le decía con la voz con que se les habla á los niños:

—No llores, Elena, te pones fea..... Voy á buscarte novio, ¿quieres?

—Si no tuviera yo hijo, te juro que me metía de monja...., contestó la viuda, y se puso á llorar.

Luisa dejó reclinar aquella cabecita adorable sobre su seno, le acarició los cabellos con la diestra; y sonriendo tristemente, levantó los ojos para mirar sobre el canapé un magnífico retrato en donde Elena, vestida de desposada, apoyaba una de sus manos sobre el hombro del malogrado esposo.

Luisa creía en el dolor profundo de su amiga; pero su prematura orfandad, la lucha práctica y el continuo trato con las gentes le habían hecho comprender que los dolores de amor, si son muy profundos, felizmente no son muy durables.

—¡Olvidé á mi madre! se decía Luisa; ¡no había Elenita de olvidar á su marido!

Luisa tenía veintitrés años y el tac-

to delicadísimo de comprender la vida sin herir al prójimo con sus teorías irónicas de mujer superior desencantada.

Aquellas teorías de femenil escepticismo no las aprendió Luisa en ningún libro, sino en la existencia diaria y en sus propios dolores.

Había nacido en la opulencia, perdido á su padre cuando era niña y recibido una esmeradísima educación.

A la muerte del padre, Luisa y la madre siguieron viviendo con el mismo lujo que antes; un doctorcito inteligente, guapo y elegante, había pedido á la madre la mano de la hija; y Luisa, soñadora y buena, le entregó todo su corazón, todas sus esperanzas y sus ilusiones....

Repentinamente murió también la madre de Luisa y entonces vino el cataclismo, los acreedores y la ruina.

La madre había sostenido el lujo y el de su hija á fuerza de deudas que se descubrieron á su muerte; Luisa volvió sus ojos al doctor elegante, inteligente y guapo; no exigió, pero insinuó que su

matrimonio se efectuara. El doctor elegante é inteligente fijó un plazo y bruscamente se retiró de la casa, de donde se retiraron bruscamente también los muebles magníficos, el piano y las joyas.

Del corazón de Luisa se retiró también la fe en los hombres. Ni siquiera dirigió un reproche al doctor elegantísimo, ni siquiera una palabra de odio pasó por sus labios.

Cuando le encontraba en las calles, ella seguía su camino, altiva, siempre sonriente, sin dignarse siquiera mirar cómo su ex novio procuraba huir su encuentro para evitar sus miradas de reina destronada.

Algunas veces los encuentros eran frecuentes, porque Luisa ganaba su pan dando clases de música; pero pasada la primera crisis de llanto á solas, y de melancolías ahogadas, Luisa supo llevar siempre su máscara de contento, de jovialidad, de joven arruinada que se conforma con la voluntad de Dios.

A pesar de su pobreza tuvo adorado-

res, porque era joven, graciosa, bella; pero á ninguno dió esperanzas, y cuando Antonio (un amigo que la estimaba) solía decirla:

—Cásese usted con Fulanito, es muy recomendable.

Luisa respondía:

—Gracias, Antonio, gracias; para muestra de hombres me basta uno.

—Pues siguiendo esa lógica, el doctor va á imaginarse que usted lo adora todavía.

—No es difícil, contestaba Luisa, porque ustedes los hombres creen siempre todo lo contrario de lo que nosotras pensamos; pero me tiene sin cuidado lo que crea el doctor; yo amo ante todo mi tranquilidad y la paz de mi espíritu.

—Egoísmo puro, Luisa, decía Antonio. El corazón sin amor, triste páramo, etcétera.

—Para amar como usted ama, prefiero no amar, prefiero el páramo, el desierto donde no nace una flor.

Luisa se reía y callaba á su amigo. Ambos habían asistido á las bodas de

Elena, y al encontrarse en el templo se habían dicho sonriendo mutuamente:

—¡A ver cuándo!

Veínte meses después los dos habían estado en el mismo templo, oyendo misa de difunto, por el alma del esposo de Elena, y Luisa había dicho á Antonio:

—Este es un dolor que yo me evitaré.

Antonio había contsstado con cínica sonrisa:

—¡Bah!

Ni se llora eternamente
Ni se muere por amor...

—Es verdad, dijo Luisa, sobre todo cuando se tiene corazón de alcachofa y se reparten sus hojas á diestra y siniestra.

—O cuando se es bella y se tienen veintitrés años, contestó Antonio.

A la salida del templo ambos habían ido á visitar á Elena; Antonio, compungido y enlutado dijo tres ó cuatro frases de condolencia á la viuda, é in-

clinándose reverenciosa y profundamente, salió. Luisa se quedó sola con su amiga y ésta había llorado largamente y jurado que no volvería á casarse ni volvería á amar, que el difunto había sido su único y su primer amor.

Pero cuando la situación de Elena había sido lastimosísima y conmovedora, fué durante el día en que su esposo expiró y en los nueve que se le siguieron.

No habrá lector que por endurecido que tenga el corazón, no hubiera sentido enternecérsele al mirar á Elena; y en cuanto á las lectoras, todas sin excepción, habrían sollozado con ella.

¡Cómo hacer imágenes con mi pluma torpísima é inhábil! ¡Cómo impregnar las imaginaciones de los que lean con ese magnífico sistema de la composición de lugar, empleado por el maestro de Loyola!

El fundador ilustre de la Orden jesuíta ha conseguido, evidentemente, mucho con su sistema llamado composición de lugar.

Pensad con imágenes, no con ideas

puras ni abstracciones, para compadecer bastante á Elena; no analicéis su sentimiento, ni la intensidad de él; nó, haced composición de lugar; imaginaos mirar surgir ante vuestros ojos aquel hogar que durante veinte meses fué nido de amor y de caricias, aquel corredorcito perfumado en las noches por las madreselvas y los azahares, aquella alcoba conyugal tapizada de azul y aquel gabinetito, desierto ahora; en donde el ingeniero esposo de Elena trazaba planos y consultaba libros; y figuráoslo ahora vacío, sin el esposo querido, con las ventanas cerradas, la alcoba conyugal en desorden y por todas partes la desolación y el luto.

Se pasó un mes sin que Elena admitiese á nadie, con excepción de Luisa; se pasaron tres sin que Elena se levantara el espesísimo y tupido velo que cubría su encantadora faz. Todos los domingos, la desolada viudita iba al panteón á regar con flores el sepulcro del ingeniero; pero al sexto mes de su viudedad, Elena comenzó á salir con

Luisa y dejó ver su rostro, al que seis meses de tinieblas habían dado ese matiz pálidamente amarillo del marfil.

—Si vieras, dijo Luisa una tarde á Elena, tengo un pretendiente que no me deja y van á creer que es tuyo, porque me sigue hasta aquí y me espera hasta que salgo de tu casa; pero lo más malo de todo es que me gusta....

—¿A tí Luisa, á tí que odias el matrimonio?.

—¡Qué quieres!... Mira, ven á verlo, debe estar frente á tu balcón.

Las dos amigas salieron al balcón, y frente á él estaba un joven elegante.

—De veras es guapo, dijo Elena.

Y las dos callaron.

Tres meses después el joven guapo acompañaba á Luisa á la casa de Elena, y ésta le trataba con la misma amabilidad que á su amiga.

Violentamente Luisa tuvo que salir de la capital para arreglar el negocio de una herencia, y el joven guapo siguió visitando á Elena.

La ausencia de Luisa se prolongaba,

*el negocio de la herencia se alargaba y su estancia en aquella población era indispensable*, escribía á su amiga; terminand así su carta: *me extraña mucho que no me escriba Ernesto; ¿qué ha sucedido? ¿está enfermo?*

Nó; Ernesto no estaba enfermo, sino enamorado de Elena; ambos se pasaban las tardes en algún jardín público lejano; ella contemplándolo, él pensando en el dualismo de sus sentimientos, sin darse cuenta de aquella traición inconsciente cometida á Luisa, á quien había creído adorar. Muchas mañanas, cuando volvían de la Reforma y se despedían al llegar al centro, Elena murmuraba:

—Pero, Ernesto, por Dios, ¿qué va á decir Luisa cuando vuelva?

Y Ernesto pensaba: tal vez haya sido mejor enamorarme de esta antes de haberme casado con la otra. Si hubiera sido después, ¡qué escándalo!

Elena escribía muy raras veces á Luisa y nunca le hablaba de su novio. En la sala de la casa de la viuda ya no

existía visible el retrato del difunto, ninguno de sus planos, ni sus libros. Y aquel grupo en el que Elena, vestida de blanco, se reposaba en un hombro del esposo, fué destruido por ella misma, cuyas manos temblaban al destruirlo.

—¡Quién me lo hubiera dicho hace seis meses!, murmuraba; ¡quién puede conocer el corazón humano! ¡yo, que deseaba tan sinceramente morirme ó encerrarme en un convento!

***

Se casaron Ernesto y Elena, y violentamente se fueron á pasar la luna de miel á una hacienda del novio, como si temieran la llegada de Luisa.

Antonio fué el comisionado de dar parte á Luisa del matrimonio de su amiga. Y cuando se arregló el asunto de la herencia, Luisa volvió á la capital y Antonio, no sabiendo qué decir, le preguntó:

—¿No le ha escrito á usted Elenita?

—No, Antonio. Elena es muy ingrata; ni siquiera me agradece que yo le haya buscado novio.

---

## COCHE DE SEGUNDA

Un accidente banal é imprevisto me reveló su nombre, que ignoré diez meses.

En invierno á las 6.45 y en verano á las 6.15; siempre (es decir, durante dos años que duró este amor) nos encontrábamos en el mismo tranvía.

Era el tal, un gran coche verde que venía á la cola del tren.

Regularmente, siempre también fué nuestro compañero de viaje, é inmedia-

to vecino de ella, un clérigo chaparro, grueso, de rostro ancho y anchísimas espaldas. Tenía la clerical fisonomía horriblemente agujereada por la viruela; el ojo derecho estaba vacío y si miraba yo la pupila blanquecina del izquierdo, era porque el presbítero me sorprendía con frecuencia por encima de sus gafas obscuras, *infraganti* delito de adoración frente á *Ella*, frente á mi *enlutada madona.*

¡Mi madona enlutada! así la llamé diez meses, mientras no llegó el banal é imprevisto accidente que me reveló su nombre.

Al entrar en el vagón, la madona sacaba gancho é hilaza cruda de una canastilla de mimbre, y los dedos de sus manos revoloteaban como abejas tenaces en derredor de aquel panal sin miel. Yo abría un libro, y no recuerdo haber leído nunca frente á ella, siquiera veinticinco líneas en los cuarenta minutos

que duraba el trayecto del villorrio á la ciudad.

La madona tenía los ojos sombríamente fulguradores, la cabellera larga, abundantísima y obscura, sonreía algunas veces; y cuando tal acción se pasaba en sus labios color de sol occidental, un relámpago blanquísimo le alumbraba los dientes. Era alta y esbelta, siempre la ví usar traje negro y por eso la llamé en mi calendario sentimental: la madona enlutada de fulgurantes miradas.

Cae la pelota de hilaza cruda á sus pies, ella se levanta y la hilaza corre empelotada, como bola de billar, hasta cerca de mí. Me inclino rápido y recojo la fugitiva bola, Madona se sonroja, dice *gracias;* y sus dedos, abejas blancas con sonrosadas cabecitas, continúan su interminable panal.

El clérigo ex-varioloso suspende el rezo del divino oficio.—*Domine labia mea*..... dice, y por encima del vidrio obscuro me lanza abrumadores rayos blancos con su manchada pupila.

Cuando volví á mi asiento observé que Madona dejó caer un papel al levantarse. Y mientras llegó el tren á la ciudad sólo pensé en apoderarme de aquel documento delator.

No me quedaba ninguna duda.... iba yo á leer las endechas de algún adorador de Madona.

Bajó ella, bajó el ex-varioloso ministro del altar, y yo levanté el documento nefasto.

"Señorita Luz Reina," decía el sobre; contenía éste, un papel firmado por Sor Guadalupe del Sagrado Corazón, y la monjil misiva se reducía á dar á Madona consejos sobre la manera de confeccionar un postre llamado "cajeta de leche" (Sor Guadalupe escribía "cagueta de lehe") y en invitarla á comulgar el próximo sábado.

⁂

El próximo sábado, entre Madona y el clérigo ex-varioloso tomó asiento Sor Guadalupe del Sagrado Corazón, cuyo retrato á grandes rasgos malamente trazados es: fisonomía rechoncha circundada por toca negra con orla blanquísima; manos enormes pecosas, terminando en sus diez extremidades con diez uñas chatas y negruzcas; ojos pequeños vivarachos y perdidos entre las carnosidades de párpados caídos y salientes pómulos; abundante bozo que cubría el labio superior; voluminoso cuerpo; anchísimas caderas y voz chillona que vino murmurando las oraciones para después de comulgar.

Yo también comulgué á mi manera esa mañana. Luz Reina no sacó su labor de gancho, sino que miró el paisaje y el cielo á través de las ventanillas, mientras escuchaba la voz chillona de Sor Guadalupe. Sus miradas se encontraban con las mías, y como si algo inexplicable nos impidiera desviarlas, permanecimos largo rato mirándonos sin pestañear.

Madona creía probablemente traer á Dios en el corazón, al Dios que en forma de círculo blanco de pasta de harina había recibido momentos antes de subir al tren, y con la clarividencia que le prestaba ese Dios, Madona quizá leía en mis pupilas todas mis ambiciones fallidas, todos mis desencantos, toda mi falta de fe en los hombres y en los acontecimientos, toda mi certidumbre en la eterna monotonía diaria de la vida hasta la solución final.... y quizá.... quizá también leyó Madona mi pasado turbio de aventuras sentimentales.

A través de sus fulgurantes pupilas enlutadas, yo miré la blancura intachable de su alma, su virginidad radiante, su exuberante piedad y la fe purísima é intransigente que toda una generación religiosa había acumulado en su candoroso espíritu.

Con distintas *formas*, Madona y yo comulgamos ese día como almas viriles y hermanas en la *contemplación de las Ideas Madres*, y ambos vibramos acor-

des un momento con la conciencia de la Harmonía Universal.

La Esencia de Sol que saturaba el vagón, nos embriagó de vida eterna.

Me afirmé solemnemente en la idea de no declararle nunca mi amor, ¿para qué?

La mujer que inspira el amor, el objeto en fin, no es nada, no hace al caso en dicho sentimiento, ¿qué importa que sea joven ó vieja, bonita ó fea, inteligente ó necia? Lo interesante es amarla, sentir, vibrar, estremecerse de pasión.

Además, por experiencia propia, yo (excepto el matrimonio) conocía los tres invariables desenlaces del amor; noviazgo más ó menos largo, terminando con ausencia ó ruptura más ó menos dolorosa, citas impuras finalizando con hastío, celos y desencanto, ó por último, algunos meses de vida marital cuyo desenlace provocan siempre las disputas, la diferencia de caracteres ó el mutuo cansancio de los sentidos.

¿Para qué, pues, declararle mi amor á Luz Reina?

Era imposible que nuestras relaciones tuvieran otro desenlace que no fuera el matrimonio ó alguno de los tres citados antes.

¿Para qué, pues, destruir con palabras aquellas hermosísimas horas de tren?

Me propuse seguirla amando en silencio indefinidamente, hasta que algún acontecimiento interrumpiera nuestras mudas entrevistas en el vagón de segunda.

¿Acaso podía yo aspirar á sensaciones más delicadas? ¿No comulgaba yo día á día? ¿Y así como Madona creía tener á Dios en el pecho después de tenerlo entre los labios, no sentía yo también, tener mi alma arrodillada frente á su virginidad esplendorosa que alumbraba el paisaje con radiante luz? Hasta el rincón más pequeño de la tierra es una manifestación de nuestras sensaciones psíquicas.

¿Por qué ante nuestros ojos, la Naturaleza toma tan distinto aspecto, si en vez de servir de cuadro á nuestra

soledad, hace realzar la figura de la mujer amada?

Por las mañanas, aquel paisaje triste que separaba el villorrio de la ciudad me parecía matizado con deliciosos tintes que le prestaba la presencia de Madona; y por las tardes las sangrientas nubes del crepúsculo parecían reflejarse en su rostro iluminándolo como con fuego. ¿Era Madona mi esplendorosa Reina de luz quien daba belleza al paisaje, ó eran los divinos matices crepusculares los que iluminaban la figura de Luz Reina?

No sabré decirlo, pero cuando dejó de ocupar el tren á la misma hora que yo, me pareció insípido el paisaje.

Se pasó un mes sin que pudiera ver á Madona.

Los primeros días me entristecí, pero después llegué á acostumbrarme á la compañía del clérigo ex-varioloso de pupila blanquecina.

Siendo yo un ser que atraviesa la vida sin distinguir en ella ninguna otra cosa que no sean sus sueños, y siendo también un curioso gastado por prematuras é intensas sensaciones, me complació en extremo aquel inesperado desenlace de mi dantesca aventura. Sin exaltarme, había conocido y gustado con delicia lo más delicado del amor.

Con Madona me sumergí en dulcísimos éxtasis pasionales, sin conocer desencantos ni hastíos.

Nunca supe si era inteligente ó necia, buena ó mala, sólo le oí decir: "buenos días" y "buenas tardes," y cuando levantaba yo la ventanilla para que el viento no la molestara, llegaba hasta mis oídos un *gracias* que salía acompañado con blanquísimo relámpago de entre sus labios color de sol poniente.

¡Oh! yo era quien debía decirle *gracias*, yo quien debía agradecerle las horas delectables que me proporcionó con su perfil delicioso, con sus miradas negras fulgurantes, con su cabellera obscura y con los blanquísimos relámpagos

que alumbraban sus labios cuando éstos se entreabrían.

Se pasó otro mes y olvidé á Luz Reina.

A la mitad del camino se detuvo el tren porque un carro mortuorio se había salido de la vía.

El clérigo y yo bajamos del vagón, decididos á proseguir á pie.

Tras el carro mortuorio se hallaba un coche de segunda, verde como el que nos conducía, sólo que aquél llevaba media docena de viejas que lloraban á gritos. Subí, por subir nada más, al vagón de los deudos, y me encontré entre las seis dolientes con Sor Guadalupe del Sagrado Corazón, que rezaba el oficio de difuntos. Tenía las carnosas mejillas húmedas de llanto.

Me acerqué á ella y pregunté con melosa voz gemidora:

—Madrecita, ¿á quién van á enterrar?

—A Luz Reina, señor, encomiéndela usted á Dios.

—¿Y en dónde la entierran, madrecita?

—En Dolores, señor.

Sor Guadalupe siguió rezando.

Al llegar á la ciudad compré violentamente unas flores y tomé el tren del cementerio general.

Cuando bajo el radiante sol de aquella mañana, se alejaban las cinco viejas, y Sor Guadalupe, del montículo de tierra fresca que cubría el regio cuerpo inerte de mi Reina de luz, yo, como quien va á robar, coloqué mis rosas y mis haces de madreselvas y violetas sobre el túmulo de tierra.

Y huí de aquel lugar como un ladrón.

Quizá sean pueriles esas manifestaciones póstumas, pues si la vida futura existe, los que en ella viven deben ocuparse en algo más serio que recibir flores; y si no existe, ¿para qué depositar flores sobre un montón de tierra?

Pero ¡ay! esos placeres pueriles forman las orgías de nuestro corazón. Las

rosas blancas sobre los sepulcros parecen palidecer con la palidez de las mejillas que besamos, las violetas parecen impregnarse del perfume de *ella* y las madreselvas exhalan un aroma semejante á su aroma cuando salía del baño.

Ha pasado mucho tiempo de la muerte de Luz Reina, estoy muy próximo al meridiano de la vida, ya la esfinge de la muerte me obceca con su pavoroso enigma más de lo que yo deseara; y todavía, cuando me encuentro solo en un vagón de segunda, miro surgir de entre muchas fisonomías de mujeres, la imagen de Luz Reina.

Me parece mirarle las tenebrosas miradas fulgurantes, la cabellera abundantísima color de noche, y los blanquísimos relámpagos que iluminaban sus labios color de sol poniente.

Y me acontece preguntarme frente al delicioso fantasma:

¿Si la vida futura no es quimera, con

quién la viviré? ¿Será preciso amar allá también? ¿Y será Luz Reina con quien me encuentre al entrar en la eternidad?

Pero también me acontece pensar con frecuencia, que no sé para qué deseamos tanto una vida que no se acabe nunca, cuando muchas veces no sabemos cómo emplear esta que tan rápidamente se va.

# SU SOMBRA

---

**La lámpara del cuervo la sombra proyectaba,**
**mi espíritu en la sombra se hundía y abismaba,**
**¡y de esa negra sombra no se alzará jamás!**

EDGAR POE.—*El Cuervo.*

A Luis, como á muchos Quijotes sensitivos que se acercan á los treinta sin esposa y sin fortuna, le gustaba durante las largas horas de tedio (que abundan en la existencia de los solteros pobres), revivir y reavivar sus sensaciones muertas. Se complacía en remover su osario sentimental; y sacando de una cajita negra la colección banal de objetos femeninos, y encadenando recuerdos y fechas y nombres que surgían de

su memoria, reconstruía su pasado de sensaciones fugaces, de caricias, de besos, de tristezas y de lágrimas.

¡Todo fugaz, se decía, todo pasado rápidamente, todo momificado ya por los años y la indiferencia! Pero aquellas cartas y la colección de cintas y flores secas, aquel basurero que debería arder la víspera de sus bodas (si se casaba), ó frente á su lecho de agonizante (si moría en su lecho), aquel conjunto de banalidades escritas y de objetos mujeriles, eran como su devocionario, como su panacea infalible para las fastidiosas horas de descanso.

Porque Luis, en su quijotismo, había hecho la vida sentimental tan interesante como la práctica y la intelectual. Resistiéndose siempre á comprender, que tanto la última, como la segunda y la primera, tienen interés cuando el sujeto quiere dárselo; pues no existiendo sobre la tierra ninguna verdad absoluta sino solamente maneras de ver las cosas, más ó menos tristes ó alegres, lo que tanto interesaba á Luis, era indi-

ferente por completo aun para sus amigos íntimos. Pero necesitaba pensar y amar, como necesitaba agitarse y violentar sus miembros para no sentirlos entorpecidos.

Una cruz negra pendiente de una cinta de terciopelo, le recordaba á M..., casada ya, madre de tres niñas de cabellos negros, y candidato á devota obe sa. Un rizo castaño y un ramito de violetas secas, le hacía suspirar por C..., la delicada, la que se ausentó y no volvió á la Capital; ó si volvió no se encontró nunca frente á Luis. Y un pañuelo bordado y una cartita plagada de disparates, le hizo sonrojarse; pero murmuró á media voz: También la amé, tanto como á M....., tanto como á C.... ¡Pobre Luz! ¡Pobre corseterita mía!

La cinta roja de un corsé le hacía estremecer, turbaba sus sentidos, transportaba su espíritu á un puerto, á ori-

llas del mar gemidor que devora hombres y fortunas.

¡Qué huellas tan profundas dejan esas pasiones carnales! Y también la dueña de esta cinta era adorable y seductora, también me arrancó un girón de alma con sus besos!

Las vírgenes, las almas buenas, los sencillos y los limpios de corazón, aman el cielo azul, las noches estrelladas, los jardines y los lagos tranquilos. Luis, en su quijotismo de alma despedazada por las pasiones y gastada por la lucha incesante, prefería las noches obscuras y las sombrías avenidas de los cementerios en donde no hay flores.

Su organismo decadente encontraba mayor placer en las perturbaciones de los elementos, que en la vida normal del Universo; sus nervios enfermizos, vibraban más sonoramente al bramido del viento y de la mar agitada, que al gorjeo de las aves matinales....

Por eso tal vez, durante las noches lluviosas, Luis se dejaba arrebatar por su manía de evocar tristezas y placeres muertos, y salía á vagar sin rumbo, á perderse por barrios extraviados y desiertos, recordando á cada instante al cantor de "mi última brega":

"Cada calle me recuerda un muerto ó una mujer."

Y aquella noche lluviosa y obscura, Luis miraba á través de las rejas de una ventana, el rincón vacío y desolado, donde algunos meses antes, expirara una mujer que amó. Una rubia adorada hasta el delirio todo un invierno, olvidada después, siempre deseada y siempre imposible, y vuelta á amar con frenesí, cuando la miró acercarse al umbral de lo Desconocido.

La rubia se moría. Luis furtivamente y como un ladrón, vino á robar sus miradas postreras y sus estremecimientos de moribunda: miró salir el ataúd,

y con él un fragmento de sus pesares y de sus goces sentimentales.

Y aquella noche que las nubes negras lloraban sobre la ciudad, Luis miraba su interior con los ojos del alma; y con los ojos de su rostro, el rincón donde agonizó la rubia.

¿Por qué el amor no le había dado nunca felicidad completa? ¿Por qué á pesar de la serie de sus desastrosas aventuras, se encarnizaba en amar, se apegaba al "femenino eterno," esperaba todo de una alma de mujer, sabiendo de antemano y con toda certeza, que nada encontraría? Y para disculparse y amortiguar sus desesperaciones, se acusaba de inconstante, de duplicidad moral y de falta de espontaneidad. Le venían á la mente como relámpagos de frenesí, como fiebres instantáneas de perdición, como deseos locos de libertinaje y abyección, solamente para escapar á la tortura de su malestar moral, á la estúpida monotonía de la existencia. Perderse, por perderse nada más, para no pensar, y para no sentir

á fuerza de abusar de las sensaciones y de los sentimientos. Pero se estremecía de horror, al recordar el fin desastroso de sus contemporáneos libertinos. Buscaba en el santuario sofístico de su extraña metafísica, un Dios consolador, y encontraba como consuelos únicos, los narcóticos y los alcoholes; pero en torno del sagrario, leía el funesto *Mane, Thecel, Phares.* embrutecimiento, locura ó suicidio, y el pavor que le inspiraban el idiotismo, el revólver ó el manicomio, le hacían temer casi con pánico los narcóticos y los alcoholes....

Y miraba el rincón negro donde se había apagado una existencia querida, cuando acertó á pasar junto á él una forma esbelta y blanca que lo turbó con su inquietador aroma de mujer que se vende.... y la siguió á través de la lluvia y de la obscuridad de la noche.

Tres horas después, al entrar á su habitación, sacó un cuaderno donde

acostumbraba anotar sus impresiones diarias, y después de quitarse del cuello un largo cabello rubio, escribió:

"Vengo de besar su sombra.... vengo de sentir sus caricias á través de un fantasma."

# EN EL LITORAL PACÍFICO

Á MI ANTIGUO JEFE EL SEÑOR CAPITÁN DE FRAGATA
TEÓFILO GENESTA,
EX COMANDANTE DEL CAÑONERO "INDEPENDENCIA"

Frente á la costa desierta y árida de la Baja California, se extiende ilimitado é infinito el Océano Pacífico, como inmensa extensión movediza y sin fin, que se queja y murmura su eterna y plañidera melopea, desde el territorio de Alaska hasta la tierra de Fuego, extremo austral del Nuevo Continente.

Una tarde del verano de 79, el sol ardiente de aquella latitud alumbró el cortejo mezquino de quince marineros,

dos oficiales y comandante del bergantín goleta, acompañando el cadáver del segundo comandante Arainza á su postrera morada, en la bahía de San Bartolomé, playa rocallosa y desierta, habitada solamente por chacales y por cuervos.

Arainza era un neurópata cosmopolita. Su tez parecía estar tostada por el sol de todas las latitudes marinas, y sus pupilas color de acero intimidaban á los grumetes y hacían bajar los párpados á las mujeres.

Cuando en alta mar, subía á medio día al puente del bergantín goleta á tomar la longitud y latitud, parecía con el sextante, esfinge marina preguntando sus secretos al profundo Océano.

Tenía treinta y ocho años y había navegado en todos los mares navegables, tenido queridas de todas las nacionalidades cultas, y abusado de todos los alcoholes y los narcóticos modernos.

Padecía inquietudes extrañas y prolongados mutismos, y á pesar de sus extravagantes maneras, todos le amaban á bordo.

Para hacer algunas reparaciones en la arboladura y en el velamen, fondeó, pues, el bergantín goleta en la desolada bahía de San Bartolomé, y allí murió Arainza, repentinamente, como herido por algún rayo invisible ó por veneno impalpable.

Las ratas de los barcos, son enormes, audaces, de finísima piel gris y de larga cola áspera y delgada... Tienen los ojos muy brillantes y muy aguzados los dientes; y cuando los víveres escasean, sucede con frecuencia que los marineros dormidos sobre cubierta se despiertan al sentir cómo les roen los callosos pies las enormes ratas de los barcos.

Se construyó una caja amplia y fuerte para el cadáver de Arainza, se puso éste en aquélla, en la cámara del comandante; y mientras los marineros de guardia se turnaban velando al muerto, una rata entró en el ataúd y luego en

una manga de la casaca bordada de oro con que se vistió al difunto.

Veinte horas después de los funerales de Arainza, el bergantín goleta levó anclas, y todavía cuando la línea rocallosa de la playa californiana se dibujaba en el horizonte, se escuchaban desde el puente los gritos aterradores de los chacales, cuyo eco se perdía en la desolación inmensa del Pacífico.

Probablemente en catorce años no hubo embarcación de nacionalidad ninguna que hiciese escala en la desierta bahía de San Bartolomé.

Sólo animan aquella playa las canciones estridentes del Océano cuando lo encoleriza el viento y los graznidos de los cuervos en consorcio con la plañidera melopea de los chacales.

Si cuando baja la marea, las amargas olas negras del Océano han arrojado á un cadávèr de ballenato ó de otro pez monstruoso, los cuervos vienen en

torbellino negro á aglomerarse sobre aquel resto abandonado.

Fondea para dar descanso á su tripulación, la fragata *San Luis* en aquel recodo del Pacífico; y al saltar á tierra, un oficial de guardia vió la cruz que los marineros del bergantín goleta pusieron catorce años antes en el lugar donde fué sepultado el marino de las pupilas color de acero.

—¡Arainza!—murmura el oficial—¡grande amigo mío! Yo llevaré sus restos á tierra habitada.

Y habiendo traído de á bordo zapapicos y palas, se procedió á la exhumación.

Los cuervos hambrientos graznaban en torno de los desenterradores; á veinte metros del sepulcro, el Pacífico gemidor se estrellaba contra las rocas, y por la perforación de un peñasco entraban las aguas saliendo irisado penacho diamantino que se encaraba con el cielo y el sol.

Apareció por fin el ataúd; se levantó la tapa con una hacha de abordaje, y

los marineros exhumadores y el oficial retrocedieron espantados.

Adherido á la momificada faz del muerto, se hallaba el esqueleto de la rata, y Arainza con los puños crispados y apoyado en los codos, parecía con la desesperada curvatura de su cuerpo, pedir socorro, auxilio, amparo. Los desenterradores permanecieron mudos; el oficial hablando á solas murmuró:

—Lo enterraron vivo.... era cataléptico.... ahora lo recuerdo....

Y sólo la eterna murmuración del mar Pacífico y los graznidos de los cuervos, turbaron durante algunos minutos el profundo silencio de aquel paraje desierto.

Por la noche, ya estaba encajonada y á bordo, la momia del cataléptico; pero hasta las cámaras de proa se escuchaban los prolongados gritos de los chacales que rondaban la fosa vacía.

## PAISAJE SENTIMENTAL

O femme que j'aurais aimée, c'est peut-être mon bonheur qui s'en va avec toi....

¡Oh mujer á quien yo hubiera amado, quizá te llevas mi felicidad!....

CH BAUDELAIRE.—*Œuvres posthumes*.

Como era Mayo, mes de María, el sacristán se retardó en el atrio del templo, dando á unas beatas sus últimas disposiciones para el ofrecimiento de flores de la tarde siguiente.

*Ella* y *El* acertaron á pasar frente al templo. Habían estado juntos todo el día; desde el amanecer, *El* huyó de la ciudad y fué á acompañarla en la soledad de aquel villorrio. Por la tarde salieron á vagar por el campo; *Ella* estu-

vo largo rato contemplando con sus claras pupilas sombreadas con largas pestañas negrísimas, el cielo límpido, la paleta admirable del horizonte crepuscular y la campiña fertilísima que rodeaba el villorrio.

*El* también, con los ojos del alma, había estado contemplando el firmamento nublado de su espíritu y el paisaje árido de su existencia interior.

*El* también, con sus pupilas empañadas por la desesperanza continua, estuvo contemplando el cuello blanco, las crenchas rubias, las pestañas magníficas rizadas y las aristocráticas manos marfilinas de la mujer á quien amaba sin esperanza....

¡Sin esperanzas de ser nunca feliz junto á ella! Sin esperanzas de compartir jamás ambas existencias con todos los placeres y todos los dolores de la vida conyugal, con todas las risas y todas las lágrimas que encierra cualquiera peregrinación humana.

*Ella* no podía ser *esposa*, había perdido locamente su virtud, como pierden locamente algunas damas sus joyas más estimadas en el vértigo de un vals. Y cuando volvió de su delirio miró hasta el fondo del abismo en que había caído y se miró aislada, sola, sin amistades femeninas ni compañeras de su sexo. Su honra, es decir, el producto de un razonamiento y de una conveniencia social, se desvaneció; y con su honra se desvanecieron también las amistades y las consideraciones de las gentes.

Por una contradicción extraña, no perdió su candor ni la elevación de sus facultades sentimentales, y no aceptando públicamente el deshonor, quedó excluida, excomulgada del gremio social que encubre el adulterio con el matrimonio; pero quedó también muy lejos de las mujeres que aceptan la deshonra y caen de peldaño en peldaño hasta el abismo del vicio. *Ella* era, en fin, una *declassée* sencillamente.

Y *Él* de sensibilidad enfermiza, de alma ingenua pero envenenada por el

escepticismo y por la moderna literatura, *El* soñador iluso inyectado de quijotismo sentimental, la amaba precisamente porque el mundo la rechazó, y porque llevaba en su frente el anatema de los fariseos que forman la sociedad contemporánea.

*El* fué idólatra, quizá no tanto de *Ella* cuanto de las tinieblas que la envolvían, del dolor que se leía en sus pupilas clarísimas sombreadas por finísimas pestañas.

En su niñez, *El* recibió una educación piadosísima, casi clerical; en su niñez, la santa madre bondadosa le había acariciado con plegarias, con oraciones, con caricias místicas de mujer piadosa; pero desde la adolescencia, la vida cruelísima se encargó de plantearle los más inquietadores problemas prácticos y sentimentales. Y en su cerebro enfermizo de civilizado brotó la flor emponzoñada de La Duda en todo y en todos.

¡En todo y en todos! sí. En los hombres lo mismo que en lo invisible que le habían dicho creyera. Dudó de las

promesas terrenales y de las esperanzas celestes. Y al brotar la duda en su cerebro, obscureció con sus pétalos negros los de esas blanquísimas flores que se llaman: fe y respeto profundo á lo establecido por los hombres y por Dios.

Cuando en sus grandes desconsuelos *El* había levantado sus quejas al Padre Celestial, pidiéndole consolación y pan, el Padre Celestial no había aparecido nunca trayéndole pan ni consolación. Y se encararon frente á frente en su interior, el razonamiento gris y la fe blanca; emprendieron la terrible lucha *in anima sua,* y la fe quedó por tierra con su blanquísima vestidura hecha girones y salpicada con el fango del sofisma.

Por último, *El,* con su estúpido orgullo ingenuo de soñador, había devuelto á la sociedad todo su desprecio. cuando ésta lo despreció al mirarle miserable.

Ahora, esa misma sociedad reprobaría el amor que *El* sentía por la *declassée;* ahora sus entrevistas que eran tan castas como los pensamientos de las

vírgenes enclaustradas, hacían sonreir maliciosamente á todos los vecinos; ahora, en fin, cuando *El*, en sus desesperadas horas de desaliento, buscaba refugio consolador en el amigo íntimo y embriagado con sus frases le decía: *redención, perdón, Jesús perdonó á la pecadora pública de Magdala*, el amigo íntimo, retorciéndose el mefistofélico mostacho, reía como Luzbel y contestaba:

—Magdalena y Jesús vivieron hace diez y nueve siglos; pero en nuestra moderna sociedad redimir pecadores, es quijotería, *mon cher*. Es verdad que cuando las faltas se encubren con el matrimonio, la sociedad tolera á la mujer que falta; pero cuando el amor ó la miseria empujan á la culpa, entonces la culpa es excluida; pero de cualquier modo que sea, así es como está constituida la familia social, y es preciso acatar esos fallos si se quiere vivir entre las gentes.

*El*, después de escuchar esas teorías del amigo íntimo que se retorcía el mefistofélico mostacho, se tragaba la hiel que le subía en oleadas desde el alma

hasta los labios, y sonreía para que las gentes no adivinaran lágrimas en sus pupilas ni hiel en su paladar.

*Ella*, después de su falta, fué á habitar en aquel villorrio triste con la niña sonrosada y rubia que le recordaba la culpa, y cuando *El* pensaba unir ambas existencias, á pesar de haber pisoteado todas las preocupaciones religiosas y sociales, se estremecía al considerar que la niña rubia y sonrosada sería la evocadora de un fantasma odioso: *el otro.*

Por eso se amaban castamente; pero sabiendo que sería muy doloroso despertar de aquel sueño eterino con que los adormecía la languidez de sus entrevistas, retardaban siempre el despertar.

*Ella* era piadosísima, á *El* sus amigos le llamaban tontamente cleróíobo, pues á pesar de la clerofobía *El* llevaba siempre consigo la medallita milagrosa que *Ella* le atara al cuello al saberlo

impío, y á pesar de la clerofobía *El* entró con *Ella* al templo esa tarde de Mayo lo mismo que otras muchas.

Todavía flotaba aroma de flores y de incienso desde la nave hasta el altar mayor.

*Ella* se arrodilló á murmurar *avemarías* frente á una Mater Dolorosa; *El* también, creyéndola ya, siquiera instantáneamente, la compañera de existencia, se puso á orar junto á *Ella*, plegarias aprendidas en modernísimos devocionarios:

Compagne savoureuse et bonne
A qui j'ai confié le soin
Définitif de ma personne
Toi, mon dernier, mon seul temoin.

..................................................

..................................................

Puisses-tu, lorsque j'aurai quitté
La terre en ta présence, hélas!
Méler un peu ta prière au glas
M'annonçant dans l'éternité.

---

Tú, compañera dulcísima y buena, único y último testigo mío á quien he confiado para siempre el cuidado de mi ser.

..................................................

..................................................

Cuando en presencia tuya abandone yo la tierra, mezcla tus oraciones al toque funerario que anuncie mi entrada á la eternidad.

Después *El* siguió mirándose el paisaje íntimo de su pobre alma emborronada con sepia, su pobre alma matizada tan distintamente de aquella alma blanca que junto á *El* murmuraba: *Padre que estás en los cielos.... no me dejes caer en tentación.... María madre de Dios.... ruega por nosotros á la hora de la muerte....*

Entretanto, la luz iba á desaparecer entre un incendio de nubes occidentales, las sombras parecían brotar de la caliente superficie terrestre cuando el sacristán entró al templo sacudiendo su manojo de llaves.

*Ella* se santiguó, y ambos se levantaron; antes de salir, se detuvieron frente al agua bendita; *El*, sonriendo, metió en la pila las puntas de los dedos y ofreció agua á la *declassée*

Salieron, y la misma tristeza inmensa que abrumaba la campiña, abrumó ambas almas. Los dos callaron, se asieron de las manos y perdieron sus miradas en el tenebroso firmamento crepuscular.

*Ella* pensaba en su hija, sin fortuna, sin nombre, sin otro porvenir que el hambre ó el vicio.

*El*, con su incurable manía de oir con atención lo que constantemente le dictaba la voz interior, se puso á escuchar, á escuchar la eterna voz que le atormentaba siempre con preguntas y con soliloquios incoherentes interminables y constantes.

«Parece—le gritó la voz—que á determinadas horas y en lugares determinados de la tierra, la misma negrura melancólica que obscurece el cielo nos obscurece el alma. ¿Por qué hasta junto á la mujer amada viene á presentarse como fantasma obcecador la eterna vanidad de nuestras luchas, la eterna miseria de nuestros esfuerzos, la inexorable condenación humana: sufrir... morir....?

«A la hora del crepúsculo parece que con la vida de la luz se extingue la vida del Universo, y agoniza el alma, y el pobre corazón, aun cerca de la mujer amada, se siente miserable, aislado,

arrullado únicamente por sueños quiméricos y esperanzas locas, hasta que viene la Visitadora Temida para dormir el sueño eterno....»

Calló la voz interior, las campanas de la parroquia sonaron el Toque de Animas.

*El* se estremeció, y estrechando la mano de la rubia, preguntó:

—¿Hasta el próximo domingo?

—Nó, contestó ella, adiós mejor..... hasta el primer día de eternidad.

—¿Aquí? replicó *El* indicando el cementerio del pueblo.

—Nó, murmuró *Ella*, y señalando el firmamento, ¡allá! contestó.

Después le ofreció la frente; el rumor del beso se apagó con las campanadas del Toque de Animas.

*El* subió al tren que partía para la ciudad y mezcló con el sonido de las campanas la oración fúnebre por aquel amor suyo que entraba á la eternidad.

*Ella* entró á su casa, abrió la ventana, se quedó escuchando el rumor del tren y el sonido de las campanas, ¡y cuando algún mochuelo rozaba la reja con sus alas, *Ella* se estremecía y le temblaban los cabellos rubios.

---

# EL APARECIDO

(DEL DIARIO ÍNTIMO
DE UN EX GRUMETE DE LA ARMADA NACIONAL)

"....Como fué á fines de Abril, ya no soplaban los *nortes*..... Habían huído á refugiarse tal vez á los mares australes, para volver al Golfo en Octubre....

La mar, infinita, movediza, ondulante.... el cañonero mexicano flotando sobre las ondulaciones del agua..... y la extensión inmensamente azul del cielo, cubriendo la extensión profunda y sin fin. La colosal tangente del horizonte

visible, tocaba sólo en un punto el círculo dorado del astro que se moría bajo las aguas.

....Y ninguna reminiscencia de amor ó de abandono, de miseria ó dolor, turbaba la paz absoluta de mi espíritu. Hacía mi *cuarto* de 6 á 8 p. m. sobre la *cofa del trinquete*, mirando, ya la eterna vía láctea que nos perseguía por la popa, ya el horizonte extremo que se coloreaba de oro con los reflejos últimos del astro que se había hundido en el mar.

....Las playas áridas, las campiñas desoladas; los mares en calma y los cielos plomizos y lluviosos, contagian con su lluvia, con su calma, con su desolación y su aridez, al ser misterioso que anima nuestra envoltura de materia.

.........................................

.........................................

¡Ah! ni siquiera el constante y desgarrador recuerdo de la madre abandonada, turbó aquella tarde la paz profunda, la quietud absoluta de mi espíritu....

El poeta encantad ramente triste de las *Hojas secas*, sabía muy bien que

**Si el hijo no se olvida de que es hombre,**
**El hombre sí se olvida de que es hijo.**

Tranquilo satisfecho, contento de vivir, yo aspiraba hasta embriagarme aquella vivificadora brisa del Golfo, ahogaba mis miradas en la llanura infinita de las aguas y deseaba no despertar de aquel letargo embriagador que, á semejanza de eterina embriaguez, fatigaba los órganos de mis sentidos con voluptuoso cansancio y daba á mi alma melancolías nostálgicas y místicas.

....De pronto, manchando de blanco la clara limpidez del horizonte, me pareció mirar un albatros enorme, cuyas alas mojaban sus extremidades en el mar.

Haciendo una bocina con mis manos y dirigiéndome al oficial de guardia que se paseaba sobre el puente, grité:

—A *estribor!* ¡Barco por la proa!

El ave inmensa avanzaba hacia nos-

otros con sus blanquísimas alas desplegadas.

El oficial de guardia ordenó desde el puente:

—Iza el pabellón á *popa*.

Y mientras nuestro pabellón tricolor subía al *pico* de la *mayor*, el pájaro de alas blancas también izaba el suyo.

Era un bergantín noruego que iba á Veracruz; pasó muy cerca de nosotros. Pude leer *Cora* sobre la proa y mirar en la *cofa* del *trinquete* una faz rubia de miradas profundamente azules; la faz rubia é infantil de un grumete noruego que hacía su *cuarto* también y que tocándose su gorra saludó....

¡Oh! ¡cómo impresionan esas apariciones en plena mar! Fué la única vez, durante mi existencia á bordo, que tuvimos un encuentro semejante.

Y esos encuentros parece como que tienen algo de fantástico, de misterioso, de extraño.

¡Encontrarse con hombres en la infinita desolación del mar! Se les cree fantasmas, desencarnados, seres que vi-

ven otras existencias; y tomándoles por fantasmas, por desencarnados, por seres que habitan regiones invisibles, se les quisiera preguntar mil cosas para calmar nuestra angustiosa sed de lo Desconocido; pero hablarles en alguna lengua sonora, misteriosa, extraña, como la que deben hablar los seres que viven en las regiones invisibles..... la lengua extraña que hablan los fantasmas....

La noche entraba; el bergantín pasó, se alejó, se perdió en la sombra y en la extensión ilimitada y profunda.

Pero cuando el *número* que me seguía subió á la *cofa á relevarme*, y yo me encontré sobre cubierta, me acerqué á la *mura*, contemplé largo rato las movedizas aguas negras y seguí soñando con el pájaro inmenso de inmensas alas blancas.... con el grumete rubio de miradas profundamente azules.

Quince días pasaron. Después de una corta estancia frente á la barra de Río

Bravo, el cañonero volvió á Veracruz... El *Cora* aun estaba anclado en la bahía. Aquel año el *vómito* hizo estragos terribles y todos los tripulantes del bergantín sufrieron la mortífera enfermedad.

Cuando el cañonero mexicano mojó sus anclas yo también desembarqué, débil, enfermo, destinado á una cama del Hospital Civil.

Como las salas de *vómito* no bastaran á contener enfermos, había contagiados por todas partes.

Yo fuí el 43 de la sala *Cirugía.* Mis vecinos de aquella tarde, fueron: el 44, un norteamericano que murió blasfemando, y ¿el 42?... el aparecido del tranquilo crepúsculo de Abril, el fantasma rubio de las miradas azules, el grumete del bergantín *Cora.*

Una mañana al despertarme la brusca voz del enfermero, me volteé para ver á mi vecino 42....

La rubia aparición había desaparecido, el fantasma de las miradas azules no era ya mi vecino de hospital....

*Veracruz, Febrero 2 de 189...*
*Dos y media de la madrugada.*

Hoy, después de seis años, volví á mirar este puerto, esa extensión ilimitada é infinita, tan pronto verde como azul, como ennegrecida por las monstruosas caricias del *norte.*

Hoy volví á pisar la cubierta del cañonero donde se pasaron dos años de mi adolescencia.... Me paseé también bajo las ventanas del Hospital de San Sebastián, y en una hora nostálgica, á la hora crepuscular; impelido por mi manía incurable de necrópolis, me dirigí solo al cementerio....

Allí, paseándome entre las tumbas del *patio* de La Luz, miré, en un rincón donde no había ni una flor, una cruz negra sobre la cual está escrito con caracteres blancos: «Wilfrid Becker, marinero del *Cora.*—1884.»

¡Quizá sea él! exclamé, levantando siete años de recuerdos. ¡El! La rubia aparición en pleno golfo aquel crepúsculo de Abril; el fantasma de las miradas

profundamente azules, mi vecino 42 de la sala Cirugía.... el noruego que murió cerca de mí, y lejos.... muy lejos de su país, de la madre abandonada quizá..... tal vez de la mujer querida también....

*México, Febrero 5 de 189..*

Esta noche, al bajar del tren, al salir del paradero elegante de cristales y encontrarme sobre el asiento duro de un coche que me vuelva á mi hogar, me ocurrió pensar y murmurar á media voz, en la obscuridad d l carruaje de alquiler: ¡Cómo entristece mirar correr los años! ¡Cómo aparece muy clara entonces la eterna vanidad y la miseria de la vida! ¡Cómo desconsuela mirar las existencias humanas, perderse, borrarse, hundirse al soplo destructor de la muerte y del olvido....

# DANZA MACABRA

*Noviembre 2.*

A las nueve de la noche, en un rincón del Cementerio General, las coronas y los ramilletes que cubren tres sepulcros, caen á un sacudimiento subterráneo y quedan visibles tres inscripciones en placas de mármol:

| |
|---|
| † |
| **A mi inolvidable esposo.** |
| **A. J.** |

| Al eminentísimo escritor L. W. ♱ Sus amigos. | Aquí yace mi madre idolatrada ♱ Su afligido hijo. |
|---|---|

Sobre la primera, toma asiento el inolvidable esposo; se abrocha el frac hecho harapos y cruzando la huesosa pierna derecha sobre la izquierda, arroja con desdén algunos pétalos de rosas que aún quedaban sobre el sepulcro.

—Por fin, murmura, nos dejaron en paz; mi afligidísima esposa, que estaba en ascuas por enseñar á mi sucesor el traje que usaría este invierno y su talle de viudita joven, se citó con él, antier, para comprar estos ramilletes y esas coronas. Y él, como recuerdo, guardará dos rosas que mi consorte inconsolable quitó de un ramillete para ponerse en el talle. (Dirigiendo á la tumba vecina su descarnada faz, pregunta:) ¿Y al es-

critor eminentísimo como le fué de manifestaciones este año?

El escritor, envuelto en un gabán raído, bosteza, dejandó que el aire silbe entre sus mandíbulas y balancea los pies haciéndolos sonar contra las piedras del monumento.

—¡Oh! esta nueva morada mía que felizmente no pago por mes (aunque la que habité en el mundo no la pagaba tampocó), esta tranquila morada, repito, ha dado mucha clarividencia á mis opiniones, y si en vida creí alguna vez en las manifestaciones de mis amigos y en la gloria, aquí sanamente estimo en su verdadero valor esa vanidad.

Esta Reina Pálida que nos gobierna reune á todos en el Olvido, y esparce sobre todos la tranquilidad apacible del silencio; lo mismo sobre el novelista qué sobre el gacetillero y el repórter. Alguna vez llevaré á usted vecino querido, prosiguió después de breve silencio, á cualquier *bar-room* (centros muy frecuentados por mis colegas) para que escuche la opinión que sobre mí tienen

los jóvenes que me llamaron, en vida, "maestro."

¡Quién! dice uno, ¡aquel animal! ¡si fué un bruto! Nada poseía, ni originalidad, ni estilo, ni talento; ¡era un cretino!...

Desde en vida conocí algo á mis colegas y amigos; pero ¡cuántas cosas me ha enseñado la muerte, oh camarada! Me pagaron un monumento y así tuvieron pretexto para grabar su nombre en el mármol, para venir á decirme unas cuantas majaderías que publicaron (vanidad excelsa) y para almorzar en el Tívoli y beber á mi memoria.

¡Oh! vecinito, las cantinas y los *restaurants* son los laboratorios de la gloria literaria. Líbreme Dios, vecinito, de volver á renacer escritor, si la Providencia me permitiese renacer.

Cuando ví en mis contemporáneos un montón de medianías, de hombres envidiosos é ignorantes, supuse que la posteridad sería lo mismo, y vine tranquilo á este recinto silencioso.... Mi único remordimiento ha sido no haber for-

mado frente á mi lecho de agonía una fogata con todos los malhadados volúmenes que llevan mi nombre en la primera página.... ¡Ah! vecinito, vecinito, ¡cuándo se les acabará á los mundanos esta costumbre de venir á molestarnos el 2 de Noviembre!...

—Señor literato, señor literato, interrumpió un esqueleto con faldas que había tomado asiento sobre la tercera placa; con bastante pesar veo que no ha dado á usted suficiente filosofía el reposo de algunos años que lleva de pasar aquí, y que aún echa de menos esa vanidad que, como dice usted bien, consiste en abrazos, comilonas y párrafos en los cuales el nombre de familia va unido á los epítetos: galano, eminente, erudito, etc. Sus colegas tienen siquiera la disculpa de que siendo del mismo oficio y habiéndoles usted *hecho sombra* tantos años, natural es que tomen la revancha; pero ¿ha considerado usted toda mi amargura al ver hoy mis joyas adornando el cuerpo de la querida de mi hijo? ¡Ah! señor literato, esos son

desencantos más grandes y enseñanzas más profundas que todas las falsedades de sus c legas!

¡Se imagina usted cuán doloroso debe ser mirar al hijo único, amado, idolatrado, al ser en quien se concentraron en vida todos los afectos, arrastrándose ebrio y despilfarrando con una mujerzuela impura, lo que su padre y yo amontonamos á fuerza de economía y trabajo?...

El literato, exasperado, bostezó y pasando la mano huesosa por la reluciente calva de cráneo, dijo:

—Y todavía la farsa de venir á llenarnos de flores para que digan los paseantes de hoy: "¡Fué buen hijo, todavía se acuerda de ella!" "¡Oh! la viudita de J.... no lo ha olvidado, estaba el sepulcro cargado de coronas." "Y los amigos del poeta ¡tan leales! había diez y siete coronas en la tumba."

—Y cada una con su listón y el nombre de quien la daba, sí, para que el muerto no las confunda y sepa á qué atenerse respecto á la lealtad de sus

amigos, interrumpió el esposo, sonando los huesos de los pies contra las piedras tumbales.

Los contornos negruzcos de la luna llena parecían simular en el firmamento irónica sonrisa de cráneo reluciente. El literato abrió las mandíbulas sin carne por la décima vez. El viento helado de Noviembre silbó entre sus huesos maxilares, como los buhos que salen al anochecer. La dama lanzó un suspiro semejante á zumbido de tábano, y el esposo una carcajada parecida á graznido de cuervo.

Y amigablemente abrazados, bajo la sonrisa irónica de la luna llena, se echaron á andar por las avenidas del panteón, murmurando:

—¡Hasta cuándo, Señora y Madre Nuestra, ahuyentarás á los vivos de tu recinto, el día 2 de Noviembre! ¿No ves que sólo vienen á dejarnos mirar más de cerca sus asquerosas conciencias y á envanecerse á costa de nuestro recuerdo?

# MARINA

Wilfrid *largó la amarra*, izó la lona triángula, y cogiendo la barra del timón hizo proa á la mar agitada y sombría. Desde el *tope* un farolillo rojo alumbraba con su ensangrentada luz, ya una porción de agua negra y turbulenta, ya la faz marmórea de Wilfrid y los mechones de cabellos rubios que agitaba sobre su frente el hálito del viento, ya á un encapotado que de pie y agarrado á la mura intentaba sofocar su agitación.

A intervalos, el trueno rodaba en la bóveda negra que cubría el mar; la lum-

bre de los relámpagos ardía en el horizonte sombrío y la queja constante, intermitente y formidable del Océano apagaba un juramento en los labios de Wilfrid.

El encapotado fijaba tenazmente sus miradas en las tinieblas de aquel caos y preguntaba al rubio:

—¿Está muy lejos todavía?

Wilfrid, sin contestar, cogía fuertemente la barra y cada vez que el cielo se iluminaba y la salada espuma mojaba su rostro, el grumete rubio juraba en lengua desconocida y sólo la mar inmensa, profunda y negra, gemía constante, monótona, invariable, salpicando con fosforescencias al encapotado, á Wilfrid y la lona triangular.

Largo rato, el *noroeste* empujó el bote blanco, sin que nadie apareciera á la vista, los reflejos rojizos del farolillo del *tope* alumbraban la *cubierta* empapada y al rubio grumete impasible, jurando lentamente en su lengua extraña, siempre que el trueno rodaba por el firmamento obscuro.

De pronto, pareció surgir á barlovento un peñón iluminado en la cima; algo como un faro perdido en la infinita llanura de las aguas agitadas, y allí las olas se despedazaban en fragmentos relucientes de fósforo y encaje de agua.

Wilfrid recogió la lona, tomó los remos y buscando un recodo, amarró el bote á una extremidad saliente del peñón. Después el grumete rubio, asiendo al encapotado por la cintura, trepó ágilmente hasta la parte iluminada del peñón, y allí, entre cuatro cirios temblorosos y de incierta claridad, una mujer muerta cruzaba sobre el pecho sus adorables manos de reina sin vida.

En torno de la roca, aves extrañas semejantes á buhos enormes lanzaban al cielo obscuro su chirrido lúgubre, y cuando el cielo se iluminaba sangrientamente, las aves espantadas se agrupaban en ráfagas bizarras y suspendían su salmodia de graznidos.

El encapotado se arrodilló á orar, quiso murmurar una plegaria y no su-

po cuál decir, las había olvidado todas; clamó desesperado al Cristo y al Padre de los cielos.... y ni el Padre de los cielos. ni el Cristo contestaron; buscó lágrimas con que mojar la dorada cabellera de la mujer muerta.... el trueno rodó por el infinito espacio, y en vez de llorar, el encapotado lanzó una maldición.

Tomó entre sus manos las esculturales manecitas de la muerta y apoyando sus labios en ellas, murmuró el nombre querido; pero ella permaneció inerte y no contestó á su llamamiento.

—Wilfrid, dijo el encapotado al grumete rubio, quizá esta me hubiera amado, quizá se lleva á la tumba mi felicidad, quizás estas manos adorabilísimas de estatua de alabastro y de pétalos de rosa hubieran sido las únicas que tuviesen la facultad de ahuyentar los nubarrones de hastío, de tristeza, y de amarguras que se ciernen constantemente sobre mí desde que sé pensar.

El grumete rubio se acercó al encapotado, sonrió tristemente, y separán-

dole de junto á la muerta, le estrechó entre sus brazos.

Y como si el abrazo del blondo marinero hubiese derretido el hielo que cubría el manantial del llanto, el encapotado lloró.

Las aves extrañas lanzaban al aire su fúnebre chirrido, el trueno rodaba por el tenebroso firmamento, y la mar gemidora se despedazaba en fragmentos de encaje fosfórico contra la dura roca.

Una de las aves, enorme, colosal, monstruosa, graznaba lentamente cerniéndose sobre el encapotado. De pronto cayó sobre él y le estrechó entre sus alas, lanzando á intermitencias su grito desgarrador.... Aquello fué como el vértigo de la embriaguez, como la sofocación de una caída, como la asfixia del que se ahoga....

Cuando el encapotado se miró en el bote, vestía ya el ropaje blanco que vestían el marinero rubio y la mujer muerta; ésta se hallaba sentada á proa, sonreía y dejaba caer sobre sus hombros

las doradas madejas de su cabellera que le nimbaba el rostro.

El pasajero miraba en Wilfrid y en la rubia muerta la realización de los quiméricos ideales que en la tierra se llaman amistad y amor.

No sentía ni la angustia de los celos, ni la inquietud del esfuerzo por vivir; la mujer blanca le aparecía radiante, virginal, purísima, regenerada de las manchas terrenas por el martirio de veinticuatro años de existencia humana.

El trueno seguía rodando hasta los extremos límites del firmamento, las llamaradas de los relámpagos alumbraban siniestramente fragmentos de la bóveda negra que cubría el mar, y el encaje fosforescente del agua tumultuosa lamía la embarcación fragilísima. Esta, con su lona triangular hinchada por el *noroestazo*, avanzaba, se perdía rápida, huyendo siempre de la tierra, como queriendo llegar á lo infinito, á lo desconocido, á las comarcas que no miran ni conocen los mundanos.

## OBRAS DE ALBERTO LEDUC

| | |
|---|---|
| *María del Consuelo* (2ª edición)........................$ | 0 25 |
| *Un Calvario* ................ | 0 50 |
| *Fragatita* (2ª edición)....... | 0 25 |
| *Para mi mamá en el cielo* (agotada) ..................... | 0 25 |
| *Angela Lorenzana*............ | 0 50 |

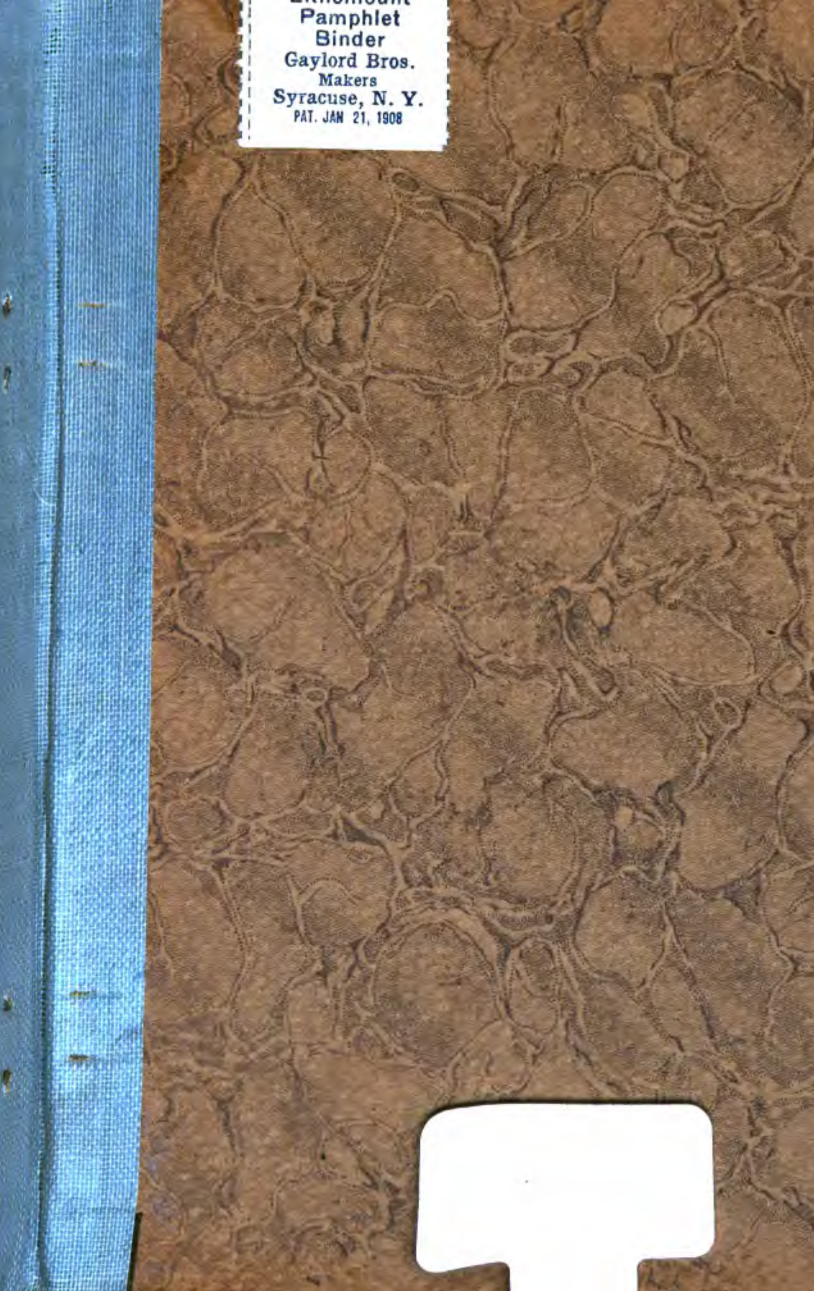
EN COLABORACIÓN

con José Ferrel, Rafael Delgado, José Juan Tablada, Rubén M. Campos y otros autores:

| | |
|---|---|
| *Cuentos mexicanos*..............$ | 0 50 |

---

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS



Pamphlet
Binder
Gaylord Bros.
Makers
Syracuse, N. Y.
PAT. JAN 21, 1908


UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3025491756
0 5917 3025491756